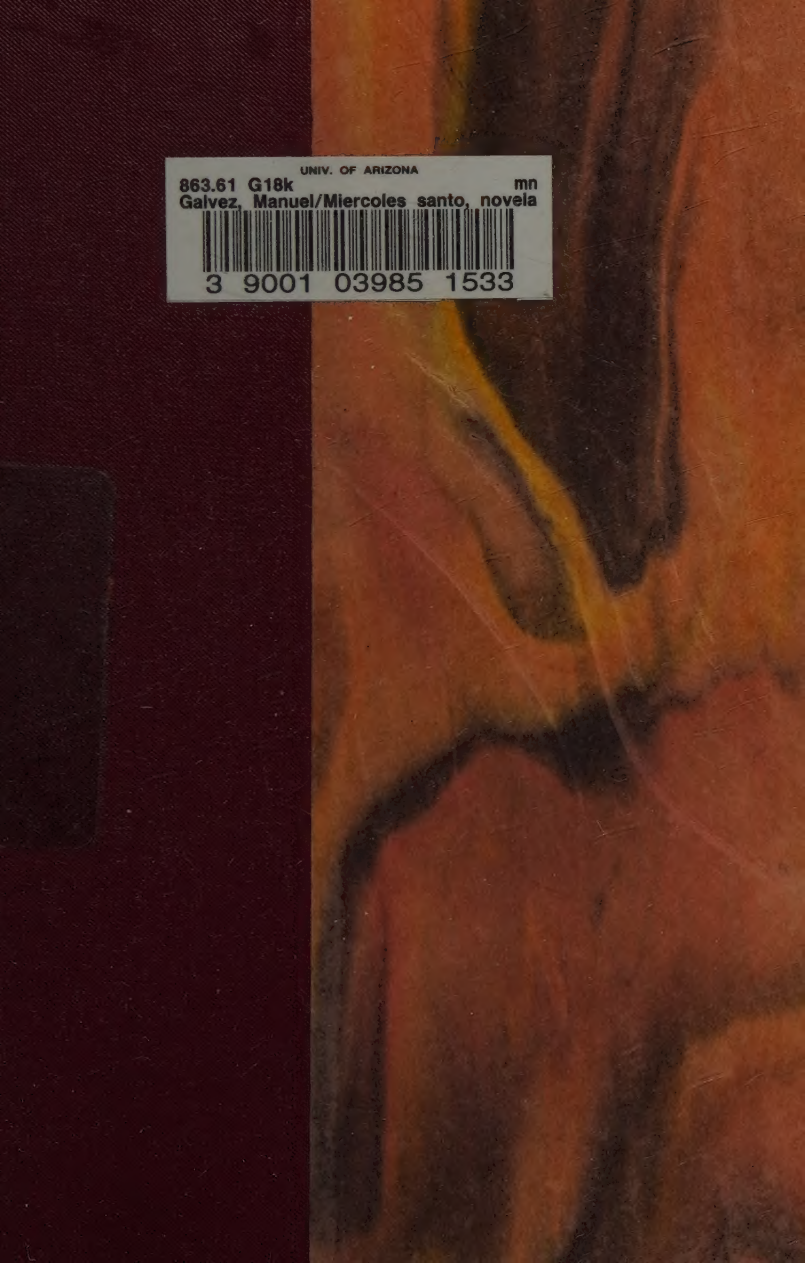
UNIV. OF ARIZONA
863.61 G18k mn
Galvez, Manuel/Miercoles santo, novela
3 9001 03985 1533

MIERCOLES SANTO

LIBROS DE MANUEL GALVEZ

POESIA

El enigma interior (agotado)
Sendero de humildad (agotado)
Tangos (en preparación)

CRITICA E IDEOLOGIA

El diario de Gabriel Quiroga (agotado)
El solar de la raza (5ª edición)
La vida múltiple (agotado)
El espíritu de aristocracia y otros ensayos

SOCIOLOGIA

La inseguridad de la vida obrera (agotado)

NOVELA

La maestra normal (10º millar)
El mal metafísico (9º millar)
La sombra del convento (6º millar)
Nacha Regules (20º millar)
Luna de miel y otras narraciones (5º millar)
La tragedia de un hombre fuerte (5º millar)
Historia de arrabal (5º millar)
El cántico espiritual (4º millar)
La Pampa y su pasión (5º millar)
Una mujer muy moderna (2º millar)

Escenas de la Guerra del Paraguay:

I.—*Los caminos de la muerte* (8º millar)
II.—*Humaitá* (5º millar).
III.—*Jornadas de agonía* (5º millar)

TEATRO

El hermano (inédito)
Nacha Regules (1er. millar)
El hombre de los ojos azules
La Serpiente contra el Hombre (inédito)

ANTOLOGIA

Los mejores cuentos (agotado)

TRADUCCIONES

Clerambault, de Romain Rolland (en colaboración con Roberto F. Giusti).

MANUEL GALVEZ

MIERCOLES SANTO

Novela

BUENOS AIRES
Librería y Editorial "La Facultad"
Juan Roldán y Cía. - Florida 359
1930

UNIVERSITY OF ARIZONA
863.61
G18K
LIBRARY

I

El taladro del timbre atravesó las sombras que se amontonaban en la casa a oscuras. El Padre Eudosio Solanas oyó un segundo llamado y sintió en los ojos la urgente luz que el sonido había descorchado en el vestíbulo. Encendió su lamparilla eléctrica: las sombras que le rodeaban recularon de un brinco hasta los ángulos. Sonaron puertas y pasos; y en el vidrio, los tres puntos suspensivos de un golpear con los nudillos. El sirviente – a la vez sacristán – entró, embolsado en un pyjama de anchos listones azules. Solanas se incorporó en el lecho. La voz rizada del gallego anunció: confesión a un moribundo, en Belgrano. El

82632

sacerdote no escuchó el nombre del enfermo. Ricos y pobres, todos iguales para él. Ordenó salir al fámulo y se vistió con la rapidez que le permitían el calor, el cansancio y su desbordada gordura.

Era poco más de las doce y habíase embutido en el lecho a las diez. A la mañana siguiente, Miércoles Santo, comenzaría para él una jornada agobiante: centenares de confesiones, prolegómenos a la gran comunión del Jueves. La alta temperatura amargaría, aun más, sus horas en el horno del confesonario. Al alba debía levantarse, y nada había dormido. Se acercaba tímidamente el sueño, y he aquí que venían a buscarle. No se quejaba. Un ser humano necesitaba los socorros espirituales, y a él le alegraba ayudarle a bien morir. Toda su vida estaba organizada para el servicio de Dios y el de los hombres.

No demoró. En el vestíbulo, le esperaba un hombre joven. Salieron, en silencio. Un automóvil particular. Eudosio Solanas encajó allí, como pudo, su abundante humanidad. La

casa quedó a oscuras: la luz se había escapado a la calle, detrás de los que salieron.

Mientras se dirigían a Belgrano, el sacerdote se enteró del caso. El enfermo, un respetable anciano, ignoraba su gravedad. Probablemente no se confesaba desde hacía muchos años. Sus hijas habían enviado por el sacerdote.

La casa del moribundo era un palacio. Solanas, con su pequeña valija, se vió rodeado de cuchicheos y de lagrimitas. El coloso, con la sotana negra que aun le engrandecía más, ventrudo, carilleno, cobraba proporciones ciclópeas junto a las frágiles figuras femeninas que lo sitiaban. No dió la mano a nadie. Al ver sus manoplas, se dijera que en cada una cabían las manecillas de las cuatro hijas del enfermo. Lleváronle a una sala y le rogaron esperar.

Aplicóse a su breviario. En pie, se desplazaba de un lado a otro con movimientos de oso y girando muy lentamente sobre sí mismo. Los zapatos, de inverosímil tamaño y anchura, redondos de punta, apoyábanse calmosamen-

te sobre la alfombra, tal vez temerosos de arruinarla. Llegáronle girones de frases que le interesaban: "Estos cuervos..." Las voces adquirieron sonoridad y acritud. Ya conocía él la escena: los hijos varones, liberales o indiferentes, se oponían a la entrada del sacerdote, arguyendo que la impresión mataría al enfermo. Una de las hijas vino a buscar al confesor. Detrás, uno de sus hermanos la insultaba: sería culpable de la muerte de su padre, si "el cura" ponía "las patas" en su dormitorio. Eudosio esperaba, con la cabeza baja. Dijérase que aquellas cosas no eran por él. Las demás hermanas y el otro hermano invadieron la sala. El sacerdote se alejó de los grupitos de discutidores, leyendo siempre en su breviario. Por fin, un enérgico "venga Padre" y un tironeo moviéronle pesadamente. El energúmeno le escupió una mirada de prodigiosa insolencia.

El enfermo se confesó y pidió la Extremaunción. Sentíase contento y tranquilo. Las hijas lloraban. El energúmeno permaneció sentado mientras se administró al enfermo el último Sa-

cramento. El Padre, callado, arregló su valijita y se dispuso a partir. Le dieron las gracias, vagamente. El que le trajera, sobrino del enfermo, le condujo hasta el automóvil.

Eudosio preguntó la hora al mecánico: la una y media. ¡Y él debía levantarse a las cinco! Habitualmente sesteaba: en Miércoles Santo, imposible. Pidió al Señor fuerzas para soportar la dura jornada que le esperaba. De repente — cruzaba Palermo el automóvil — vió al lado otro coche y, dentro, una pareja de amantes. Enrojeció. ¡Faltar así al respeto a los Días Santos! Los coches iban apareados. Eudosio bajó los ojos y oró, para triturar, en el engranaje de su rezo, las tentaciones de mirar. No alzó la vista hasta que su automóvil se detuvo.

En su cuarto, se arrodilló. Ya había rezado a las diez. Ahora quería implorar por el moribundo, por el hijo que le había insultado y por aquellos pecadores que ofendían a Cristo en la semana de su Muerte.

Se acostó, presumiendo una noche de desvelo. Le incomodaba el recuerdo de la pareja

besándose. Otras veces vió, con indiferencia, lo mismo. Ahora el recuerdo revoloteaba frente a sus ojos, sin querer irse. Tal vez su indignación lo atraía. Encendió nuevamente la luz, leyó en el breviario. La idea se alejaba; pero, al entornar él los ojos, volvía, con terquedad de mosca atontada.

No era una tentación de pecado, ni siquiera de placeres del mundo. Las oraciones, las penitencias, las misas y los azotes con que se castigaba de cuando en cuando, todo le había construído una coraza contra Satán. Su tentación era la nostalgia de una vida distinta. Vaga, muy vaga nostalgia. Conocía demasiado la miseria y el sufrimiento humanos para no ignorar que su senda era la mejor.

Pero, ¡qué triste su vida! No sólo por la fe vive el hombre. El amor a Dios y al prójimo, la tranquilidad de conciencia, la ocupación de todas sus horas, la certeza del deber cumplido, el contento de creer, todo esto le daba felicidad. Pero él, hombre de corazón, necesitaba afectos. Conocía de la vida sólo el lado del deber. Dura cadena de trabajos,

su existencia. Desde la madrugada comenzaban las confesiones, los asuntos de la parroquia — él era el Cura — y los de algunas cofradías o congregaciones. Diariamente, bautismos, casamientos, extremaunciones; y en muchos domingos, y grandes festividades, sermones. Quedábanle libres, y no siempre, una o dos horas de siesta y otro tanto a la noche. Su única distracción era jugar a las cartas, por centavos, durante una hora, con el Teniente Cura, que vivía cerca; con alguno de los sacerdotes que tenían su misa cotidiana en el templo parroquial; y con dos o tres amigos laicos.

Eudosio, cuando el hombre se sobreponía en él al sacerdote, sentíase muy solo. Sus padres habían muerto y sólo tenía una hermana casada en Santa Fe. Había llegado a los treinta y seis años sin conocer la verdadera amistad. Entre los laicos, imposible encontrar un amigo. ¿Acaso no gustaban de intimar con los sacerdotes? Parecíale a Eudosio que algo indefinible se levantaba entre un particular y un hombre de sotana, en las inminencias de la amistad pro-

funda. Tal vez la reserva que el sacerdote se impone... Y lo mismo entre los sacerdotes: amistad epidérmica, de intereses y dedicaciones comunes. Nunca la honda comprensión de dos almas. Quedaba el confesonario; pero ahí la amistad era unilateral. Los penitentes, a veces, buscaban en el confesor a un amigo a quien contarle sus inquietudes y sus penas y a quien pedirle consejo. Al confesor estábale vedado el hablar de sí.

La tentación de Eudosio era imaginarse un hogar. No lo deseaba, claro. Ni lamentaba no tenerlo. Sólo pensaba en que hubiera podido ser. Y entonces, deteníase un segundo, apenas un segundo, para verlo existir, para suponer cómo hubiera sido. El hogar se le concretaba en una caterva de chiquilines, gorditos, traviesos, una ricura de sucios y mal educados. A la problemática madre no quería imaginarla. Era un ente abstracto. Y si entre la chiquilinería empezaba a aclararse un rostro de mujer, Eudosio lo desmoronaba de un cabezazo en el aire.

Aquella noche, la pareja del automóvil y

la chiquilinería bailoteaban en su imaginación. Las letras del breviario saltaban y confundíanse. Eudosio, inquieto, se removía y se acomodaba las sábanas. El corazón le palpitó con fuerza. Un rostro de mujer apareció. Eudosio quizo rezar y no pudo. Se levantó, se paseó por el cuarto. En voz alta, imploró a la Virgen. No había tentación carnal ni sentimental: la indecisa imagen era sólo la de la madre que hubiera podido ser de unos hipotéticos hijos. Pero Eudosio no ignoraba la sabiduría del Mal. Los caminos del Demonio eran infinitos y disimulados. Bañado en sudor, seguía paseándose. Enfundado en su camisón gigantesco, era un fantasma en la noche.

—No queda otro remedio — exclamó. — He de poder más que tú.

Abrió el ropero y sacó unas disciplinas. Desnudóse el busto y, con mano fuerte, empezó a castigarse. Sus opulentas grasas quedaban rayadas. Medallitas y cordones de sangre decoraron sus carnes inocentes. Los quejidos permanecían en su encierro corporal: si pretendían escaparse, un latigazo más potente los em-

pujaba hacia adentro. Por fin, chorreando sudor, dibujadas las espaldas con rojos jeroglíficos, jipando, se arrojó de boca sobre el lecho. Y en esta posición se quedó dormido.

II

El despertador desgranó en el silencio el tumulto de sus gotas sonoras. Eudosio abrió los ojos. Asombróse de la luz encendida y de encontrarse tirado sobre el lecho. Manchas de sangre humillaban a las sábanas. Pensó en lavarlas, para que el sirviente no se enterase. El sujeto, como otras veces, le molestaría con sus reproches y consejos. Y lo peor era que contaba a los otros Padres, y éstos le miraban a él con tímido respeto, como a un santo. Esta actitud, al aumentar las distancias entre él y sus amigos, sólo serviría para quedarse sin ellos. Pero no era posible suprimir las manchas, y se resignó.

Dijo su misa a las cinco y media. Al entrar en la iglesia revestido, chocó su cuerpo con el aire fresco, refugiado entre las penumbras. Una docena de viejas, tapadas con chales negros, concentraban aquí y allí, dispersas en los bancos, la oscuridad asustada ante las luces. Se alinearon un momento en el comulgatorio; y el sacerdote fué echando, en aquellas humanas alcancías, la divina moneda eucarística.

Eudosio sentía un gran cansancio. Las tres horas de sueño, martirizadas de pesadillas, atribulaban su cuerpo. Anunciábase intolerable calor. Estaba nublado, y gruesas nubes grises colgaban inmóviles en el cielo bajo.

Mientras se desayunaba con una simple taza de café, el sirviente, ya enterado de la azotaina, le apabulló a consejos. ¿Con qué objeto vapulearse un bendito como él? Si fuese un pecador... ¡Pero un santo, que tenía bien seguro un lugarcito allá arriba!

—¡Te callas, Paco! Me molestas. Si insistes me veré obligado a echarte a la calle.

—¡Así le pagan a uno los buenos consejos!

—refunfuñó el gallego. — Bien dicen que no hay comedido que salga bien.

Y se fué, hablando solo y protestando. El individuo no ignoraba que el Padre tenía energía como para echarlo; pero estaba cierto de que no lo haría jamás: por bondad, y por larga adaptación a sus servicios. Eudosio no tardó en ir a pedirle reserva.

El sacerdote, en seguida, fué a la iglesia y se encerró en su confesonario, sin fijarse en los bultos negros que lo sitiaban. La enorme humanidad de Eudosio llenaba aquella garita. La cabeza podía moverse, pero las piernas debían permanecer encogidas; y la anchura de su persona era tanta, de muslo a muslo, que sus carnes cubrían todo el asiento. Para peor, quedaba sentado a medias, por lo angosto de la tabla en que debía posar sus asentaderas. ¡Y la falta de aire! Una cortinilla cerraba el vano frontal; y las penitentes atajaban el escaso aire que pudiera penetrar por las rejillas. En los días de calor, Eudosio se ahogaba. La sed obligábale a salir. Los demás Padres y Paco le aconsejaban mandar construir un confeso-

nario de más amplias proporciones: el confesor, aun para desempeñarse bien, necesitaba comodidad.

—No hay dinero — contestaba él.

Le objetaban que la parroquia tenía excelentes ingresos. Paco reprochábale que diese todo a los pobres. Si no fuera por él, en aquella casa se soportarían miserias. Eudosio, para cortar los consejos, alegaba que, si él algo sufría en el confesonario, más sufrió Cristo en la Cruz.

Las horas de confesonario eran las más importantes de su ministerio. Quien jamás se hubiera arrodillado junto a él, no podría conocerle. Tan gordo, tan buenhumorado casi siempre, parecía, sino un personaje rabelesiano, por lo menos un hombre que gustaba del buen vivir y del mejor comer; un sacerdote sin mayor vocación, que no aspiraba a la santidad ni se esforzaría demasiado por incitar a sus penitentes a que la alcanzaran.

Y no era así. Dios le había dado un pésimo alojamiento a su alma, tal vez porque la había elegido y quería someterla a prueba. Su cuerpo, sin duda, gustaría del vivir regalado, pero

él había resuelto no complacerle: su vida hacíase cada año más austera. Y en cuanto a su vocación, era preciso verle donde se muestra el verdadero sacerdote: en el confesonario.

Toda su vida era el confesonario. Allí conoció a los hombres. Nada sabía de las grandes miserias cuando empezó a confesar. Al principio, no podía contener su indignación. Pero ahora, después de largos años de escuchar iniquidades, había llegado a una dolorosa piedad hacia los pecadores.

Entrar en su garita era subir al más alto observatorio de la vida humana. Por ella desfilaba el hombre con su grandeza y su miseria. No el ser social, el hombre de todos los días, sino el hombre íntimo, su alma, el fondo de su alma. Ante el trágico desfile de conciencias inmundas, de arrepentimientos, de terrores, de desesperaciones, el confesor sentía cómo aquellas maderas que le encerraban adquirían una grandeza y una vastedad infinitas. Era toda la humanidad, toda la vida lo que pasaba por allí. Cada pecador encarnaba una clase de hombres. Todos aquellos seres que gemían su miseria

arrodillados junto al sacerdote, eran los hijos de Adán y Eva, los primeros pecadores del mundo. Eran, ellos mismos, Adán y Eva que llevaban sobre sí la maldición divina. ¡Idénticos pecados desde la desobediencia del primer hombre! Y siempre la Serpiente tratando de perder a la humanidad, torturando las conciencias. Generaciones tras generaciones se sucedían con su dolor a cuestas. Y el confesor, representante del Dios que perdona, se engrandecía gigantescamente. Y a la vez se empequeñecía al saberse hombre y ver la caravana de abominaciones y padecimientos.

Pero nada le causaba mayor angustia que sentirse sin fuerzas para remediar tanta miseria. Cristo le fortalecía, pero él no podía dejar de ser un hombre, una criatura encarcelada en sus limitaciones. El confesonario encerraba su cuerpo y las imperfecciones intelectuales y morales oprimían a su alma. Soñaba con una elocuencia que mostrase a los tibios la hermosura de Dios; a los pecadores, el horror de los Infiernos y la fealdad del mal; a los desesperados, la infinitud de la Divina Misericordia. ¡Ah, saber

las palabras que cauterizan y alientan, y decirlas de una manera penetrante, llegando a lo hondo de las almas! Envidiaba el don del Cura de Ars, que leía en los rostros los pecados y a quien bastaba un solo instante para ver las almas en su esencia. Ambicionaba llorar con los que sufrían, rezar con ellos, pedirles de rodillas que no ofendiesen a Dios, que no condenaran su alma, y poseer el arte de mostrar a Satán rondando junto a los hombres, despedazando las buenas intenciones, guiando los pensamientos, las palabras y los actos de las débiles criaturas. Él apenas podía consolar a una parte de los afligidos y conducir hacia el Bien a una insignificante minoría. Los hombres eran, por naturaleza, inclinados al mal; y el sacerdote, un hombre como ellos, con la pesada carga del pecado original sobre sus hombros. Veníamos al mundo atados a la cadena ciclópea de nuestras imperfecciones y la arrastrábamos durante toda la vida, hasta el momento de nuestra muerte. El Padre Solanas, a veces, creía que éramos más desgraciados que perversos. Nos dejábamos vencer, sin saber

defendernos, y muchos hombres—¡los infelices!—hasta ignoraban cuál fuese el Bien o dónde se encontraba.

Y así, el confesonario era para Eudosio una picota, y en ella, amarrada, sangraba su sensibilidad. Sufría allí con los hombres y por los hombres. Sufría por Cristo y con Cristo. Cada día de confesiones numerosas se renovaba en su carne y en su psiquis el martirio del Gólgota. Oía los gemidos de Jesús, veía cómo lo azotaban, cómo lo clavaban en la Cruz. Quería detener en su espíritu estas visiones de abominación, y gemía al sentirse en el calabozo de su limitación humana. El confesonario era un libro de innumerables hojas: cada una refería un dolor y una miseria.

A veces, Eudosio luchaba contra el Demonio. Lo veía colarse a través de las rejillas. Su ala negra refregábase en su sotana, mareábale con su pestilencia, pretendía tentarle. Satán se le acercaba en los perfumes sensuales de las mujeres, en sus voces arrastradas y acariciantes, en el relato de pecados carnales, en las angustias y padecimientos. El miserable

tentaba hasta por medio de la piedad. En ocasiones, Eudosio recogíase en la oración, para ahuyentar al Malo de la garita sublime.

Y otras veces, Eudosio padecía por la representación sensible de los pecados. Nauseabundos olores henchían el confesonario. Unos sobre otros se amontonaban, en asqueroso estercolero. ¡Cómo olían los que fueron momentos de placer! Los amores contra la ley de Dios, iguales a los que cantaron los poetas, transformábanse en excrementos al pasar por los innumerables agujeritos de aquel colador de Dios. Eudosio, a veces, ahogándose de asco, debía disimular sus náuseas.

III

Y comenzó el desfile de los bultos negros.

Un espeso calor, allí dentro, en contraste con la frescura de la iglesia: el calor del día antes, que se quedara pegado a las maderas. Entre una confesión y otra, Eudosio advertía los pasos que se aproximaban y el movimiento del aire al arrodillarse cada penitente. La temperatura de la mañana había sacado de sus habitáculos al viejerío pobre del barrio.

El Padre Solanas era un confesor popular, y lo lamentaba. El cepo de la celebridad le torturaba el cuerpo y el alma. Cada mujer comprendida por Solanas era una propagandista de su confesonario; y así el pobre hombre mi-

raba con espanto el acrecentamiento de su clientela. La máxima admiración se la consagraban las mundanas. Eudosio adivinábales sus complicaciones psicológicas, las tranquilizaba con su palabra persuasiva, les indicaba los modos de prevenir el pecado. Para alguna lectora de novelas, el Padre era un Bourget ensotanado y severo. Nadie imaginaría, al ver su carota carnosa y prolongada en papada, u oyendo sus bromas, que era un admirable confidente y un extraordinario psicólogo.

Pero estas mujeres no madrugaban. Las primeras penitentes eran viejas beatas. A otro hombre, estas momias escrupulosas y charlatanas le hubiesen divertido. Solanas sufría demasiado en su encierro, y el respeto por su sagrado ministerio impedíale cualquier diversión.

Conocía de memoria a sus vejestorios. Se confesaban con él desde hacía años. Antes de que comenzaran a expeler sus escrúpulos, las adivinaba por las toses y los carraspeos y por las líneas de las sombras que dejaban colar las rejillas.

Ninguna empezaba por sus pecados. Saludaban al confesor, le preguntaban por su salud, le anunciaban el envío de unas flores para el altar de San José, o el de Santa Teresita, o de un par de pollitos para la mesa del Padre.

—Bueno, hija. Date prisa. Veamos qué abominaciones has cometido.

Solanas era argentino, pero, hijo de españoles, discípulo de los jesuítas en el Seminario y rodeado de curas peninsulares, hablaba como un español.

—¡Ay, Padre Eudosio! No se ría. Mire que esta vez he ofendido gravemente al Señor.

Eudosio se impacientaba con estas solistas. Buenas mujeres, dedicadas al beaterío, su pecado era la chismografía. Eso sí, entrometidas como ellas solas. Por el sacristán y la cocinera del Padre, conocían toda su vida cotidiana. Sabían cuándo le dolió el estómago, y si había ganado o perdido en el siete y medio. A Paco molestábanle, harto preguntonas. Pero él las toleraba: su amistad producíale algunas ganguitas.

Aquella mañana tropical, las beatas estuvie-

ron insoportables. Eternizábanse en el confesonario: tal vez el excesivo calor húmedo las aplastaba y enmollecía. Una de ellas, que no era vieja, refirió el conflicto con su marido, por la colocación de unos muebles. Describió la sala. Expuso las opiniones de su marido con frialdad, desagradada por el deber de ser imparcial, y las suyas propias con entusiasmo ardiente; y pidió al confesor que resolviera. Ellos aceptarían su sentencia. Y hasta pretendía que Eudosio juzgara sobre el terreno.

—Pero hija, yo no entiendo...

—No admitimos, Padre. Usted sabe de todo y está inspirado por Dios. Si no interviene, mi marido y yo nos pelearemos y acabaremos en la separación. Yo no estoy dispuesta a aflojar. No quiero ponerme en ridículo ante mis relaciones. He de salvar el prestigio de mi hogar. Es cuestión de vida o muerte para mí. Jamás me resignaré a pasar por una cache.

—¡Dios mío!—exclamó el sacerdote, ante el chubasco de majaderías.

Una vieja se acusó de haber escandalizado: un loro la vió ponerse las ligas. Otra había

dicho que Solanas era demasiado gordo. Esta se confesaba de sus habladurías con las vecinas; aquélla, de haber faltado al ayuno porque un viernes a la noche, además del plato permitido, se comió una papa frita.

Eudosio, a veces, no resistía a una sonrisa. Después de las confesiones, reíase con ganas; y durante el día, aun en la semana siguiente, comiendo solo o entre amigos, su carota poníase en fiesta al recuerdo de sus escrupulosas penitentes. Pero en el confesonario, rechazaba cualquier asomo de chacota. Tomaba en serio a las viejas y las aconsejaba. Esto no le impedía, en ocasiones, fastidiarse y aun echarlas.

Eran más de las nueve. De cuando en cuando, Eudosio apartaba la cortinilla para contar las inminentes confesiones. Docenas de bultos encorvados acorralaban al confesonario. Eudosio miraba con terror a aquella gente y, desconsolado, cerraba las cortinillas.

El calor se enardecía. Eudosio se ahogaba. Su garganta clamaba por un vaso de agua. Las beatas, insensibles a las súplicas de apresurarse, continuaban relatando los pecados de sus ma-

ridos, de sus hijos o de sus sirvientas. Una contaba que el hijo no fué tal noche a la casa; otra, que vió a su sirvienta dejándose abrazar. Eudosio sudaba, jipaba y rogaba a Dios paciencia.

Había terminado una de aquellas charlatanas. El sacerdote, que no aguantaba más, se levantó y salió. Fué a su dormitorio, se empinó un vaso de agua y se arrojó en un sillón.

Sentíase inquieto. No sabía por qué, pero presentía extraordinarios acontecimientos. ¿Qué sería, Señor? ¿Estaría en la inminencia de la tentación satánica? ¿O tal vez Dios iba a llamarle a su lado?

Se arrodilló y rezó. Pero pensó que su deber estaba en el confesonario. ¡Terrible jornada se le presentaba! Y como quien marcha al patíbulo, hacia allí arrastró de nuevo su humanidad.

En la sacristía, un jovencito le detuvo. Deseaba confesarse. Eudosio estimaba excepcionalmente a aquel muchacho de diez y siete años, de alma pura e ingenua. Con la manopla en el hombro le condujo al reclinatorio, que

apenas se relevaba de las sombras, en un rincón de la sacristía.

La fina figura se adaptó al reclinatorio. Su pulgar de la derecha, primero, y su mano entera, después, embarullaron santos garabatos sobre el rostro y el pecho. Con el *Yo pecador* hundió la cabeza entre las manos.

Una tristeza infinita se exhalaba de la actitud del jovencito. La inclinación sumisa de la cabeza; la unión en ojiva de las manos temblorosas; una vibración de todo su cuerpo, denunciadora de la angustia interna, advirtieron al sacerdote que un gran dolor estaba allí a su lado. La sensibilidad de Eudosio, extrañamente sutilizada, hacíale adivinar los sufrimientos de sus penitentes. Antenas de poderosa receptividad era su ser. Y como, además, quería mucho a aquella criatura, una puntada se le clavó en el alma.

Los dos rostros afligidos se aproximaron. La voz juvenil tembló de llanto.

—¿Qué te ocurre, hijito mío?

La cabeza cayó sobre los brazos, que se habían cruzado sobre el reclinatorio. Y un sollozo deshilachó la frase que había intentado vivir.

IV

—Padre, yo quería ser puro... Usted lo sabe... Todas las noches rezaba el rosario a la Vírgen, para que me diese la pureza. Pero no he sabido ser fuerte. Me he dejado vencer por la tentación. Soy un miserable, Padre. ¡Y me siento tan desgraciado!

Las frases, tajeadas por el llanto, cesaron. La mano del sacerdote posó su virtud de calma sobre el brazo juvenil. La tribulación quedó amenguada. El confesor quiso enterarse de cómo venciera Satanás. Necesitábase conocer sus procedimientos con cada alma, para el futuro combate contra él.

El Padre Solanas sabía harto bien el fondo

de aquella historia, vieja como el mundo. Sólo variaban las formas. Era el pecado de las innúmeras multitudes humanas que poblaron la tierra, salvo algunos elegidos. Un infinito de deseos señalaba el camino de la culpa. Satán ponía en los ojos de los hombres la imagen de la mujer, introducía en los pensamientos visiones de desnudeces y de goces, y guiaba la voluntad hacia el Mal.

—Los deseos me acosaban, Padre. En la última semana, no pude estudiar. Pasé varias noches sin pegar los ojos, atormentado por la tentación. Los malos pensamientos me asaltaban unos tras otros. He rezado y he hecho promesas. Cuando andaba solo por la calle, yo era una víctima de la tentación. Sabía cuáles eran las casas malas, y sufría el terror de meterme en alguna. Me obsesionaba una, especialmente. Unos compañeros de la Facultad habían estado. Allí habían perdido la pureza. Cuando yo pasaba frente a esa casa, cruzaba a la otra vereda y apresuraba el paso. A veces, caminaba con lentitud, dominado por una curiosidad enorme. Y pisaba suavemente, como el que va

a cometer un delito. Más de una vez me hubiera entrado de golpe, como quien se tira de un balcón, sabiendo que allí está el Mal. Pero pensaba en la Vírgen, rezaba y me alejaba casi corriendo.

El confesor sufría. Escuchaba con pasión el lento relato, en espera del desenlace. ¿Por qué? ¿Acaso no sabía de memoria cuál era? Mil veces lo había oído y las mil veces le impresionó aquella historia de la primera caída. Todo hombre tenía a su disposición el Paraíso, y los hombres, millones de millones de hombres, desde el principio de los tiempos, lo perdían por una pobre ilusión.

—Pero no fué allí. Una tarde, el último lunes, volvía a casa, cuando una mujer me habló. La calle era oscura. Yo pensé que se me acercaba para preguntarme alguna dirección. Era una mujer mala. Me invitó para ir a su casa. Si hubiera sido lejos, yo me habría salvado. Pero vivía ahí no más la mujer, a pocos pasos. No supe resistir. Fuí un cobarde. Entré con ella, ¡y me perdí para toda la vida!

El sacerdote entornó los ojos, mientras la ca-

beza se le derrumbaba sobre el pecho. El dolor del pecado estaba frente a él. El pecado envenenaba la alegría de vivir. Toda la tristeza del mundo provenía del Mal, del Mal que creábamos en nuestra miseria y debilidad. Dios era la única fuente de alegría. El acto de impureza, que ofendía a la perfección y a la belleza divinas, nos convertía en pobres bestias ilusas y nos penetraba el alma de tristeza. La verdadera alegría era la de los Santos. Los pecadores sólo conocían una fugaz satisfacción. No había más honda tristeza entre los hombres que aquella que provenía del pecado carnal. Tener el alma sucia,—el alma, lo más semejante a Dios que había en el hombre, lo más próximo a la Belleza Absoluta,—era fuente de turbación, de desolación y de irremediable melancolía.

—Ya he sido castigado — continuó estremecidamente la voz dolorosa del pecador. — Toda aquella tarde, tuve una tristeza espantosa. Me faltaba el ánimo hasta para hablar y para comer. Debía vérseme el sufrimiento en la cara. Todos me preguntaban qué me ocurría. Yo pensaba que había perdido el Cielo, Padre. Sen-

tía como si me faltase materialmente algún bien muy grande. Ya nunca podría ser lo que fuí. Ya nunca volvería a conocer la felicidad... Me desesperaba, y me desespera, no poder sentirme casto, puro y limpio. Mi ideal había sido no llegar jamás a conocer el pecado carnal. ¿Por qué he caído, mi Dios? ¿Por qué la Virgen y el Señor me han abandonado? Yo quería ser bueno, y he sido malo. Me parece que ya ni siquiera puedo llamarme católico. ¡Y qué remordimiento y qué angustia cuando Mamá, antes de acostarse, fué a mi cuarto y me besó! Pensé que lo adivinaría todo... y me dió una vergüenza enorme... y ganas de contárselo todo y de pedirle perdón y de ponerme a llorar y de llorar con ella... que me quiere tanto, tanto, y que es tan buena...

El confesor tenía junto a sí un símbolo viviente del dolor humano. La caída de aquel niño no se diferenciaba, substancialmente, de la caída del primer hombre. Todo hombre era alguna vez Adán. Todo hombre llevaba a Adán dentro de sí mismo. El dolor del primer hom-

bre por haber perdido el Paraíso era el dolor de aquella criatura. Perder la pureza era perder la gracia de Dios, perder el Paraíso. Por causa del primer hombre, todos los hombres debíamos padecer hasta la consumación de los siglos. El que conservaba la pureza, conservaba la alegría, la felicidad y la fuerza. Con el primer pecado comenzaba el dolor.

—¡Lo he perdido todo, Padre!—gimió el penitente.

El confesor sintió adentro de su alma este grito de angustia. ¿Qué podía decirle a esa criatura para darle consuelo? Una idea relampagueó por su cerebro. Pero había desaparecido sin que él pudiera asirla. Se reconcentró en su alma y oró, esperando a que aquella idea pasara de nuevo. No tardó en verla volver. Todo su ser se precipitó sobre ella. Y cuando la tuvo, le dijo al penitente:

—Hijo mío: es absolutamente necesario que te hagas santo.

Y quedó en la espectativa de la impresión que iban a producir estas tremendas palabras. Observaba con angustia al niño, que sufría

calladamente. Por fin, el pecador destruyó el silencioso diálogo de las dos almas que padecían al unísono.

—¡Santo! No seré capaz... Soy débil...

—Yo quiero que desde este instante emprendas el camino de la Santidad. Allí encontrarás la única alegría y la única dicha.

El penitente, abrumado ante una orden tan grave, sollozó:

—¡Soy débil de carácter! No tendré fuerzas para luchar.

—Tú, solo, nada podrías. Pero Dios premia el esfuerzo. La santidad se adquiere con la gracia de Dios. Nadie la logró por sí mismo. Reza, disciplina tu vida, castígate. Yo pediré por tí al Señor. El mundo necesita santos. Tu patria necesita un santo. Sufrirás de un modo inaudito, deberás ser un héroe en los combates contra tí mismo. Pero así recobrarás la alegría.

El penitente continuó refiriendo sus demás faltas—pecadillos, descuidos—cuando, de pronto, observó una honda preocupación en el sacerdote. Más aún: parecía ausente de la confesión. Atemorizado, se preguntó si acaso el

Padre ya no le consideraba capaz de hacerse santo. ¿Qué significaba aquel apartamiento e indiferencia, cuando momentos antes le hablara con tanto fuego? El Padre siguió distraído, nervioso. Luego le dijo unas palabras triviales como respuesta a los últimos pecados, lo absolvió y se levantó. El jovencito le besó la mano humildemente y se dirigió a la iglesia para rezar.

Mientras tanto, Eudosio, con una violenta congoja en el alma, se encaminaba a sus piezas. Su rostro, generalmente apacible y, con frecuencia, risueño, se deformaba en un complejo de muecas dolorosas. Al sacristán, que intentó acercársele, le atajó con el brazo extendido. A uno de los Padres que allí decían diariamente misa, no le contestó el saludo. En su dormitorio cerróse con llave y cayó de rodillas.

V

Hacía diez y seis años, él también cometió un pecado mortal: el único de su vida. Habíalo olvidado por completo. ¡Verdadera gracia del Señor! No hubiera podido vivir con el recuerdo atroz, y pidió a Dios y a la Virgen el olvido que le salvaría. Su ser transformóse en un viviente ruego violento. Y después de diez años, aquel pecado, como en una amnesia parcial, ya no existió. La falta estaba muerta.

Durante los primeros años, su vida fué una tragedia interior. El veneno de aquel recuerdo le carcomía el cuerpo y el alma. Pero él confiaba en Dios. Mortificóse con ayunos, penitencias, azotes. En noches de invierno, el suelo

pelado acogió su sueño. Rezaba de rodillas horas enteras.

Poco a poco el recuerdo se fué borrando, como el avance del anochecer borra las líneas y el volumen de los objetos de un cuarto. Primero, disolviéronse los colores del cuadro. Después, desapareció un rostro. Más tarde, no vió las cosas en relieve sino dibujadas. Luego las líneas comenzaron a huir. Y al fin, todo quedó borrado. Su conciencia se tornó una página en blanco.

De cuando en cuando, Satanás pretendía rememorarle una circunstancia anexa a su pecado; pero él ya conocía a su enemigo y jamás le escuchó. ¡Y cómo no había de conocerle si todo, o casi todo, fué obra suya! Él, Eudosio Solanas, entonces seminarista, jamás hubiera pecado tan gravemente sin la tentación diabólica. Era puro, tímido, creyente fervoroso. Había entrado muy niño al Seminario de Villa Devoto, e ignoraba el pecado carnal, de cuyas más elementales formas apenas tenía sospechas, y, éstas, un poco vagas. Nada sabía de los grandes pecados. Ni aun por los libros,

pues todavía no empezara el curso de Teología Moral. Pero un día su ser entero fué asaltado. Satanás no le dió tiempo para defenderse. El Mal cayó sobre Eudosio repentinamente, envolvió su alma, encegueció su inteligencia, amordazó su conciencia. Sólo quedaron libres las potencias inferiores, aliadas de Satán.

Fué en la chacra de sus padres, en San Isidro. Su hermana se casaba, y en el Seminario obtuvo permiso para ir a su casa por unos días. El Rector era contrario a las licencias; y si a Eudosio se la concedió fué, sin duda, pensando que ni la virtud ni la fe del muchacho, bien probadas ya, se desmedrarían en el contacto con el mundo; ésto, aparte de la mucha religión de sus padres.

Allí conoció una criatura endemoniada: una chica de diez y siete años, hija de unos vecinos. Se burlaba de Eudosio llamándole "curita" y "padrecito" y pidiéndole la bendición. No tenía creencias. Sus padres, ateos, indiferentes. Los de Eudosio confiaban en que su hijo ¡un sabio y un santito! convirtiera a la chica, y,

por medio de ella, a sus padres, con quienes uníales una ferviente amistad.

Al seminarista le asustaban aquellas bromas. Inútilmente asegurábanle que eran amistosas. La chica reíase loqueando y denunciaba el enrojecimiento del padrecito. Pasaba de la risa estrepitosa a la gravedad; y de las burlas, a las miradas con los ojos torcidos y la cabeza baja. Él intentaba huir de la endemoniada, y ella se complacía en buscarle. Seguramente le divertía aquel muchachón tan diferente de los otros, y sus esquiveces de seminarista le exasperaban el capricho de burlarse de él. No era una perdidita, precisamente. No había conocido varón; pero iba con amigos al cinematógrafo. Había sido besada cien veces, y como tenía unos labios rojos de campesina, una frescura de muchachita sana y ágil y una mirada ardiente, estaba habituada a que todos los hombres la persiguiesen. Aquel "curita pavote" era el único que jamás le dijo una galantería, ni intentó darle un beso, ni tomarle la mano.

Una siesta, Eudosio paseaba solo, bajo unos eucaliptos, en un extremo de la chacra. Hacía

calor. Su enemiga se apareció harto descotada y con las mejillas ardiendo. Parecía más dispuesta que nunca a mortificarlo; pero hacíalo con cierta nerviosidad. Los términos "curita" y "padrecito" se coloreaban, alternativamente, de tonos acariciantes, despectivos o burlones. ¿No quería confesarla? Eudosio contestaba en serio a aquellas mojigangas: no era sacerdote y tardaría unos años en ordenarse.

En un banco rústico, bajo los árboles, el seminarista se refugió con sus temores. La endemoniada se instaló junto a él, y sus coqueterías le asaltaron. De pronto, anunciando despedirse, la tentadora se apoderó de la mano del muchacho, al par que, simulando respeto hacia el sacerdote, se arrodillaba a medias y se la besaba. Eudosio sintió, de golpe, el violento estremecerse de su juventud. Se irguió, indignado y tembloroso. La endemoniada también se puso en pie. "¿Se enojó, padrecito?" Sus ojos eran una activa caricia. Y él, sin saber lo que hacía, empujado por la fuerza intacta de su instinto virgen, la abrazó, apretándola contra sí. Asustada, quiso ella desasirse. Pero

unos brazos vibrantes la maniataban. Intentó gritar. Su voz, aguada por el susto y por una mano que pretendía taparle la boca, se diluyó en el silencio de oro de la tarde. Y Eudosio cometió el único pecado mortal de su vida, sin alcanzar, por su ignorancia y agitación, la plenitud a que le empujaba su instinto.

Ella huyó. Eudosio cayó al suelo, en un estremecimiento nervioso. Después, fué un sollozar violento. Sus padres lo encontraron en su pieza, arrodillado y gimiendo. Personas incultas, nada advirtieron de anormal en su hijo: atribuyeron aquéllo a la mucha devoción y virtud del muchacho. Él fingióse enfermo, para estar solo. Y horas más tarde partió hacia el Seminario.

Su intención fué abandonar la carrera eclesiástica. Considerábase indigno de ser un representante de Dios. Sentía repulsión de sí mismo. El confesor, a quien acudió al llegar al Seminario, le mostró en aquel pecado la obra satánica. Su ingenuidad y su ignorancia de la vida habían dejado colarse en su alma al Demonio. Y le ordenó seguir su carrera.

Diez y seis años hacía de esto. Olvido abso-

luto. En algunas confesiones, sin embargo, pecados ajenos amagaron rememorarle el suyo. Inútiles tentativas de Satán. Y así, todo lo que permanecía en su imaginación era que una vez, asaltado por el Demonio, había pecado mortalmente.

Aquel Miércoles Santo, mientras terminaba la confesión del jovencito, parecióle que el recuerdo intentaba revivir. Lo apedreó con sus oraciones y lo empujó al olvido.

Retornó a la iglesia. Su clientela, a causa de la tardanza, había mermado. Otros confesonarios amparaban encogidos bultos oscuros: la gallina que dormía con sus pollitos. Eudosio se encerró en su garita.

Un perfume suave destilaron los agujeros microscópicos de la rejilla. Por extraña alquimia, el perfume se convirtió en hediondez.

—Padre...

No conocía la voz. Las antenas de su sensibilidad recogieron un tono dolorido y humilde. ¡Algún pecado horrible lloraba en aquella voz!

VI

—Hija, ¿cómo has podido cometer semejante crimen?

La joven se tapó la boca con un pañuelito, mientras la cabeza se le caía sobre el pecho. El sacerdote no tuvo respuesta. En el silencio, parecíale oír funcionar trabajosamente la máquina del remordimiento.

—¿Y qué podía hacer, Padre, una chica de veinte años, abandonada por el hombre a quien le entregó su alma y su cuerpo? Imposible decirles a mis padres que dentro de tres meses iba a tener un hijo...

Era una vieja historia, harto conocida por el confesor. Primero, cálculo en el hombre; y en

la mujer, confianza culpable y un deseo enceguecedor, no siempre definido ni del todo consciente. Y también curiosidad en ella, y un poco del anhelo de liberarse de la vida perpetuamente igual y mediocre, del sometimiento a la disciplina del hogar. Después, venían las conversaciones por teléfono. Y un día el encuentro a solas. El hombre que atacaba hábilmente, y la mujer que creía defenderse con su negativa o con su llanto. Pero el hombre no abandonaba su presa, porque sabía que ella quería que ocurriese lo que imaginaba no querer. Lo quería su instinto, su sexo, su necesidad de ternura y de sacrificio, su sensibilidad femenina. Los hombres sabían, más o menos conscientemente, que en la mujer la naturaleza era más poderosa que la voluntad. Y la caída llegaba, un día u otro. Y luego, el egoísmo del hombre, que provocaba la tragedia. Pasaban unos meses. El terror de la pecadora conducíala al crimen. A veces, era el hombre mismo que lo dirigía. Otras veces, como en el caso de la penitente, el hombre desaparecía por no costear los gastos de la operación.

Había sido espantoso. Cinco meses iban transcurridos. Veíase insultada por su padre, castigada, echada de la casa. Torturábale el imaginar, no tanto los castigos merecidos, como el sufrimiento de su padre que la adoraba, y la desconsideración social y la pérdida de sus amigas. Un día el sujeto, violentado por la desesperación de su víctima, consiguió una partera. Cobraba quinientos pesos, alegando los cinco meses y el consiguiente peligro. Y el día en que iban a encontrarse para ir a la casa de la mujer, el sujeto faltó.

—Creía volverme loca. La tierra se había tragado al canalla. Y ya se me conocía... no podía quedarme en casa una semana más... Entonces recurrí a una prima de mamá, que vivía en Adrogué. Le pedí llorando que me salvara. De acuerdo con ello me fingí un poco enferma y ella convenció a mis padres de que me dejaran pasar unas semanas en su casa. Allí buscamos un médico...

El Padre Solanas, representante inflexible de la lógica de Dios, preguntó, desde lo alto de su tribunal justiciero:

—¿Y por qué no esperaste allí el nacimiento, en vez de matar a tu hijo?

—Pero... En esa casa yo podía quedarme unas semanas, no cuatro meses. Mi madre hubiera ido, o yo habría tenido que venir alguna vez a Buenos Aires. No, Padre. Había que terminar pronto, por terrible que fuese. Y sobre todo, ¿cómo iba a tener yo un hijo, una muchacha soltera? ¿Y cómo conservarlo...?

La lógica de Dios sentenció:

—Pues declarando la verdad a tus padres. Si no temiste a Dios, pudiste no temerles a ellos. Si tuviste valor para rebelarte contra Él, pudiste tenerlo para soportar las consecuencias de tus graves pecados. Has podido dejar a tu hijo con esa parienta. O llevarlo a la cuna. No sé. Cualquier cosa, antes que impedirle nacer. Dios era el dueño de su vida y no tú. Al evitar que viniera al mundo, adonde Dios lo enviaba, lo has asesinado.

—Padre... comprenda... por favor... No me quedaba otra cosa que hacer...

Eudosio no contestó. Nada más difícil, en su ministerio, que saber hasta qué punto podía ha-

cer sufrir a sus penitentes. Había sacerdotes que parecían complacerse en torturar a los pecadores. Eudosio no hacía sufrir sino en procura de una comprensión perfecta de la falta o de un mayor arrepentimiento. En medio de una confesión solía preguntarse sino habría padecido suficientemente la criatura que se acusaba; si no sería pecado de su parte dejar que continuara aquella congoja; si no habría llegado el momento de consolar y de cauterizar. En el caso de esta penitente, parecióle que ella se consideraba más víctima que pecadora. O que el pecado, por lo menos en su gravedad, consistía para ella casi únicamente en haber procurado la operación. Era preciso que reconociese la gravedad de las faltas iniciales.

—El primer pecado lo has cometido tú. Con tus probables coqueterías, le has dado al hombre la idea de conquistarte. Si te hubieras conducido al principio como corresponde a una mujer cristiana, él nada habría intentado.

La penitente callaba.

—Y más tarde, ¿por qué no desconfiaste de ese hombre y de tí misma? ¿Por qué saliste sola

con él? ¿Por qué consentiste en sus exigencias?

—¡Estaba enamorada, Padre!

Esta frase fué dicha en el tono de quien reconoce una fatalidad ineludible. ¡Enamorada! En esta palabra encerrábase para Eudosio el más incomprensible de los misterios de la vida. ¿Qué era el amor humano? Desde su observatorio, él no lo concebía sino como un vehículo de crímenes y de ruina. No sabía por experiencia propia lo que fuese, pero conocía sus deplorables efectos en los millares de seres humanos que en diez años se arrodillaron ante él. ¿Qué era el amor ilegal? Una ilusión absorbente, primero; un contacto desilusionante, poco después; y al fin la separación dolorosa, el abandono, la deslealtad. Y en todos los casos la incomprensión y la soledad. Nadie aprendía en los otros. Los menos innobles entre los pecadores buscaban ternura y, por la ternura, llegar a la unión de las almas. ¡Pobres hombres! Ignoraban que la comprensión no existía. Nacíamos y moríamos en absoluta soledad espiritual. Cada hombre era un pequeño universo, totalmente aislado de los otros. Un hombre y

una mujer se juntaban, creyendo entenderse. Y cuando uno decía una cosa, el otro decía otra. Y cuando uno decía una cosa, no reproducía nunca el fondo íntimo de su pensamiento. Un abismo de mundos extraños separaba a las almas. Un abismo desolante, principal motivo de la tristeza de nuestra vida, separaba a la madre del hijo; al amigo, del amigo; al marido, de su mujer. Sólo en Dios era posible unirse y comprenderse. ¿Y valía la pena sufrir tanto y exponerse a tantos males — para las mujeres sobre todo — por una ilusión efímera? Solía creerse que el amor carnal unía; pero no era así. En el acto carnal sólo se pensaba en uno mismo. Cada amante no se preocupaba sino de su goce, egoístamente, con cruel indiferencia hacia el otro. Nada separaba y aislaba tanto a dos seres humanos como esa aparente unión. Y si las mujeres, en algunos casos, parecían darlo todo al hombre para que gozara, hacíanlo por su propio interés: así lograban un poco de felicidad. Sólo amábamos de verdad a otro ser humano cuando lo amábamos en Dios.

—¡Enamorada! — repitió el sacerdote, con enojo.

Y descargó sobre la penitente el mazazo de su ira santa.

Pero ya la criatura parecía arrepentida. Solanas lo veía en el temblor de la voz, en las palabras que se detenían o se cortaban de emoción. Y entonces, aconsejó. Sus frases tenían un acento paternal, de una dulzura que iba unida a la firmeza.

Cuando, después de absuelta, la penitente se marchó, el sacerdote quedó triste. Sabía que en el arrepentimiento de esa pecadora entraba por mucho el odio hacia el amante. Pero sabía también que, si la Gracia no penetraba en su alma y la sacudía, el mismo pecado de amor iba a volver. ¡Era triste para el Padre Solanas, desesperadamente triste, comprobar la ineficacia de su palabra! ¡Y más triste aún ver alejarse una alma, viendo que llevaba en ella la inclinación fatal hacia el pecado! El Padre Solanas se reconcentró y con rabia, con un grito de su alma, exigió a Dios la Gracia para aquella criatura.

VII

—Padre... Soy casada. Hace seis meses que no me confieso. La última vez fué con usted.

Eudosio la recordó por la voz. Era una mujer distinguida, de unos cuarenta años. El marido, hombre de negocios, empezaba a desertar de su casa. Su situación pecuniaria se ensombrecía: en la mesa apenas hablaba, con su pensamiento colgado en un cielo de cifras. Y sus cincuenta años, agregados a las preocupaciones, mermaban sus deseos amorosos. Ella tenía gustos literarios. Su marido, sin sensibilidad, intentó alguna vez ponerse a tono con ella. Pero la buena literatura le aburría, y excecraba la filosofía elegante que entusiasmaba a su cón-

yuge. Ella padecía de un enorme descontento. Soñaba con Europa. No hablaba sino de los prejuicios de Buenos Aires, de la falta de libertad de las mujeres. Hubiera querido tener amigos. Se enloquecía por conocer a los literatos, a los conferencistas extranjeros.

Cuando se confesó con Solanas, hacía seis meses, acababa de conocer a un poeta de treinta años. Regalo de libros, visitas en la casa. El deseo se disfrazó de idealismo y de confidencia. Ella habló de soledad espiritual, de tristezas, de incomprensión. Estos eufemismos del instinto para uso de los romanticones, no carecían en ella de alguna realidad; pero el diálogo y el ambiente de penumbra que preparaba en su casa, exageraban aquella realidad al quíntuplo. Lo demás lo hizo la táctica del amigo. De la entrega de las manos y de los besos purísimos se pasó a la entrevista furtiva. Fué entonces cuando, alarmada, fué a confesarse por vez primera con el Padre Eudosio.

—Recuerdo la voz—dijo el sacerdote.—Viniste aquí por no contarle a tu confesor cierta amistad peligrosa...

—Yo no le dije...

—Y de la cual no querías desprenderte del todo.

Solanas estaba cierto de que ella iba a negar, aunque flojamente. Una de esas negaciones femeninas que equivalen a una tímida afirmación.

—No, Padre. Yo quería evitar el pecado, sólo que...

—Sólo que querías conservar la amistad que iba a llevarte al pecado...

—No, no es del todo así, Padre. Yo quería la amistad, pero sin el pecado.

—Sí, ya sé que eso no fué tan claro. Tu inteligencia no deseaba pecar; pero tu instinto, sí. Y tu voluntad, llamada a decidir...

El sacerdote se detuvo. No quería prejuzgar, aunque los seis meses transcurridos evidenciaban el adulterio. No le parecía probable que, durante ese lapso, la penitente hubiera retornado a su antiguo confesor. Y seis meses, más o menos, era el tiempo que duraba un adulterio elegante en Buenos Aires, desde los comienzos del idealismo hipócrita hasta la desilusión. Sin

embargo, Eudosio dejaba un margen para la Gracia.

—Usted me conoce mejor que yo misma, Padre. Yo ahora veo que deseaba pecar. Pero entonces no lo sabía ni lo hubiera creído.

—Yo te lo advertí. Te prohibí que volvieses a encontrarte con ese hombre.

—Una cree, a veces, que el confesor exagera, que el peligro no es tan grande. Yo confiaba en mí... en el cariño de mis hijos...

—Confiabas sin tener mucho motivo para confiar. Confiabas deseando confiar, deseándolo a medias, y sabiendo que no podías confiar en absoluto. Y en cuanto al peligro, tu inteligencia te advertía que era muy grande; pero el deseo de pecar, un poco inconsciente en tu caso, te disminuía ese peligro. Y es que, probablemente, el peligro no era para tí el pecado mortal, sino el que tu marido y la sociedad se enterasen. Con seguridad, has recordado a otras adúlteras a quienes nada les ocurrió y que siguieron confesándose...

—Eso es verdad, Padre.

Sólo faltaba la propia acusación categórica. A

la pregunta inquisitiva de la penitente contestó:

—He pecado gravemente.

Calló. Eudosio pensó en la ineficacia de sus consejos y esto le humilló y le afligió. Hasta consideróse un poco culpable de aquel pecado. Él no supo evitarlo, y en sus manos estuvo el evitarlo.

—Pero yo no quería llegar a tanto. Me encontré con él... los dos solos. Para hablar claramente, sin miedo, me dijo él. Me convenció de que sólo ocurriría lo que yo consintiese. Yo vivía en la tortura. Me amenazaba con no verme más. Y yo, que no podía perder aquella alma amiga, aquel confidente, fuí. Pero resuelta a no consentir...

El sacerdote no atendía a estas palabras, cuyo único fin era atenuar el pecado. Ella no debía ignorar que nada atenuaba, pero intuía que esas frases la presentaban como menos mala de lo que era. No defendía su pecado; se defendía contra la opinión que el confesor pudiera formarse de ella. Y para el confesor aquellas palabras tenían su importancia: demostraban en la penitente un sen-

tido de la dignidad y un desagrado sincero por la falta.

La compadeció. Era una alma sensible y sola. En su afición por las letras había esnobismo, pero también amor por las altas cosas. Él le había recomendado varios libros religiosos, que ella no pudo leer: eran "agallegados", como los calificó, escritos por sacerdotes españoles, sabios, tal vez, pero sin sensibilidad fina y moderna ni espíritu literario y que se expresaban en una prosa envejecida, agusanada de lugares comunes y de pavorosos superlativos. Eudosio se acusaba de ignorancia, de no conocer la literatura religiosa de los franceses. Quizá si él le hubiera indicado lecturas más a gusto de ella, la habría salvado. Se despreció a sí mismo. Pero él también, instintivamente, quiso defenderse contra la opinión de la pecadora. Y le dijo:

—Yo te prohibí que volvieses a verte con aquel joven. No te defendiste por medio de la religión...

—Iba a las iglesias. Oía misa entre semana. Hice promesas...

—Tú sabías que eso no bastaba. Tú sabías que la confesión y la comunión son las únicas defensas. Y no te confesabas para no verte obligada a cortar tu amistad culpable.

Eudosio presintió el derrumbe de aquella alma. Era débil e ilusa, romántica, tierna, bondadosa. El descontento y la soledad espiritual la llevarían a los amores fáciles. Quería el Bien en su inteligencia, pero faltábale voluntad. No estaba exenta de espíritu religioso, pero carecía de la pasión que modifica los temperamentos y cambia la dirección de las vidas. Al primer amante, sucedería otro; y otro después.

Pero Solanas no le dijo a su penitente nada de esto. Era tímido, a pesar de la enorme autoridad que el confesonario le daba. Costábale resolverse a decir ciertas cosas; sobre todo a predecir el enfangamiento en el pecado. A veces, el sentimiento del deber le obligaba a hacerlo. En el caso de esta mujer, Eudosio sentía una gran cobardía. Sabía que el consejo y la súplica no bastaban. Su intransigencia se disolvía. Una piedad invasora ablandaba su

corazón. Temía ser débil para salvar a aquella alma. Un comienzo de abatimiento interior le alarmó. La piedad era el peligro de los confesores; los inducía a la condescendencia, al latitudinarismo.

Se concentró en Dios con todas sus potencias. Pidió la intransigencia que quema y salva. Y las palabras de admonición aparecieron en sus labios. Implacable, mostróle al marido haciendo justicia; a la sociedad despreciándola; a ella misma pervirtiéndose en aventuras, perdiendo la noción del bien; a los hijos, manchados por la culpa materna.

—¡Padre!

Las palabras del sacerdote se suavizaron. Aconsejó otra vez y absolvió. Una actitud de difícil arranque — el arrepentimiento y el consuelo que se apegaban al confesonario — se vislumbró a través de la rejilla. Y unos pasos débiles — ritmo de una andante torre de sufrimiento — se alejaron.

Eudosio, con un gran suspiro, baldeó de sus entrañas toda la pena acumulada. Quedó libre de pesadumbre, pero un poco triste. El calor,

en cambio, le abrumaba. Estaba sudoroso. Dolíanle pesadamente las asentaderas. Sentíase embotellado en el confesonario.

—¡Señor, dadme fuerzas para soportar esta jornada!

VIII

Y continuó, en la playa del confesonario, el lento morir de las olas de pecados: caravanas de pecados que se derrumbaban de hinojos. En las rejillas, los ramos de las flores podridas se reemplazaban con cada penitente. La miseria humana refugió sus fríos en aquel lugar de redención y devoró con ansias el Pan de misericordia.

Pasó la adúltera insaciable, sierva de su sexo despótico. La sensualidad difundió su aroma nauseabundo. Iba por su ruta, uncida al pecado de la carne. Cada aventura, un gran desgarro moral. El miedo y el remordimiento se interponían entre su alma y su placer. Acaso

porque no era joven o porque padecía y lloraba o porque conservaba harapos de pudor, los hombres la abandonaban pronto. Y así, cada adulterio consistía en un prólogo de indecisión y de sufrimiento; en dos o tres instantes de placer fracasado, de vergüenza y de desilusiones; y en semanas de odio a sí misma y de devorada amargura. ¡Ah, morir para terminar con semejante vida! ¿Por qué ella no podía vencer su instinto, y ser honesta esposa y buena madre? El confesor disimulaba su lástima en la aspereza de sus admoniciones.

Pasó la viciosa, la que busca en sí misma el placer denigrante. Tímida, por el propio pecado, apenas encontraba las palabras de la autoacusación. El Padre Solanas, humano y discreto, aplastó, bajo sus consejos y amenazas, la humillación balbuciente. Y la criatura, con asco de sí misma, lloró su pecado de soledad, turbia tristeza de los débiles.

Pasó la pescadora de marido, mediante el cebo de su cuerpo. Deportista de la concupiscencia, evitaba el *knocked out* del gran pecado. Nadadora en los pantanos del sexto manda-

miento, adivinaba los pozos que pudieran tragarla. Toda su jornada era para los hombres: telefoneadas, ciematógrafos, paseos cladestinos, tangos y cocktailes en las *garçonnières*. Toda su vida marginaba el gran pecado. Su pureza se había quemado entera por tanto jugar con fuego. El Padre Solanas latigueaba con frases violentas a estas "hijas de Satán", engendradoras de los más sucios pecados.

Pasó la vanidosa. Derramaba en las horas vacías sus imaginaciones y sus prácticas de embellecimiento. El dinero que ganaba el marido se transmutaba en sombreros, vestidos y zarandajas. No soportaba en sus aledaños amistosos ninguna elevación sobre su elegancia. Compraba a crédito, en la espera de chaparrones de pesos que no llegaban nunca. La honradez, a su juicio, se definía sólo en carencia de amantes. Y así, contribuyó a que las abejas de los documentos impagos runruneasen sus amenazas en torno al marido. El hombre pensó matarse. Era inútil reprocharle algo a la vanidosa. Optó por un desfalco, y de este modo adornó, con sus propias tristezas de

delincuente y con las satisfacciones de su cónyuge, su breve camino hacia la cárcel. Eudosio condenaba con dureza implacable el egoísmo y la inconsciencia de estas mujeres sin espíritu cristiano.

Pasó la madre débil, que tolera, por pobreza, los pecados carnales y productivos de su hija. Pasó la que había robado en las tiendas. Pasó la mentirosa.

Pasó la perversa. Chismes, delaciones, anónimos: esos eran sus placeres. Vivía olisqueando las vidas de las otras. Todo acto sospechoso en los demás la empujaba al teléfono. No advertía el daño que causaba y hasta imaginaba hacer el bien, velar por la pureza de las costumbres. Destruía matrimonios, separaba a los amigos, rompía noviazgos. El Padre Solanas intentaba imbuir en estas perversas el sentido claro del bien y del mal. Y después de largas bregas quedaba hecho una miseria de agotamiento, allí en su espantosa cárcel.

Y pasó la que se inicia en algún paraíso artificial, pobre alma curiosa o desesperada. A veces, era una víctima de la maldad de los

otros. Solanas rezaba, con el corazón turbado, por estas infelices sin voluntad. Sabía la inutilidad del consejo. Una fuerza interna las conducía hacia los placeres que anulan la conciencia y matan. El *pathos* de la tragedia arrastraba sus almas. Su único remedio sería el sanatorio. Y el confesor se acongojaba en su impotencia contra el Mal.

Y junto a las hijas de la *libido*, y a las otras pecadoras, desfilaban las incrédulas y las puras. Aquellas no creían en el infierno porque Dios era demasiado bueno. Solanas se aturdía ante la absurda lógica de estas mujeres. ¿Cómo convencerlas de que la Bondad y la Justicia exigen el castigo de las culpas? ¿De que sin Infierno, quedando el mal impune, no existiría la Justicia? ¿De que el mundo, en ausencia de las penas futuras, sería el reinado de Satán, vale decir: de la maldad? ¿De que Dios no puede ser cómplice del Demonio y de los malos instintos de los hombres?

Las otras, las que se acercaban al confesonario con la conciencia limpia, eran un descanso para el pobre hombre. En aquel vértigo

de abominaciones, Solanas se asía con toda su alma a la estrellita de pureza. En las tinieblas del mundo, la pequeña luz iluminaba el confesonario; y la tromba gigantesca de crímenes y de miserias se alejaba un instante. Eudosio trataba de detener a estas penitentes que no cometían sino pecados veniales, de oír por un momento más largo sus voces claras y serenas. ¡Agua espiritual, más fresca que la deseada por él para beberla!

Pero la tromba de infamias volvía a penetrar en el confesonario. Un viento de desesperación se azotaba contra las rejillas. El mundo se oscurecía. Llantos de arrepentidos se apegaban con ansia a las maderas. Pequeño barco en el océano de la miseria humana, el confesonario se estremecía y tambaleaba; pero era el refugio de los tristes y la única salvación. Allí estaba la sola luz en las tinieblas del Pecado. Y Solanas seguía viendo a la pobre humanidad desfilar ante su perdón. Desfilaba harapienta y encorvada, cargada con las cadenas de sus culpas, hambrienta de piedad, dolorosa de llantos.

IX

Una de aquellas estrellitas filtraba su pureza a través de la rejilla. Bienvenida. Porque en el confesonario, antes de su aparición, había la negrura lúgubre de un cajón de muerto. Jamás Eudosio había sentido una desolación tan grande. Un frío inconcebible acababa de penetrar en su alma. Imaginábase muerto, encerrado en aquel cajón horrible, lejos de los hombres y de la vida. El horror de la Nada batía su ala siniestra a su alrededor.

Fué un instante de honda tristeza. ¿Por qué? ¿Acaso no estaba en gracia de Dios? No sabría decir las razones de su desconfianza, pero aquel día esperaba temeroso la tentación. Por-

menores extraños se acumulaban en torno a él desde la noche anterior. ¿Por qué su único gran pecado había intentado revivir ese día, y después de una noche de angustia en que el recuerdo de la pareja del automóvil se empeñara en perseguirle? ¿Y por qué aquella ternura exagerada que le había invadido y aquel debilitamiento de su intransigencia con el Mal? ¿Querría el Señor probarle en aquella mañana del Miércoles Santo? No podía explicarse lo que le pasaba, pero su sensibilidad parecía exacerbada y una inquietud indefinible y turbadora amenazaba desmoralizarle. Y junto a estas preocupaciones, oía ruidos vagos y misteriosos, casi imperceptibles. De pronto cesaban, y un silencio enorme, pesado, se abatía sobre el confesonario. El no era un cobarde, pero en estos momentos sentía miedo.

Lo más penoso para el Padre Solanas era que estas cosas, desasosegándole, aunque fuese en forma difusa, le impedían confesar serenamente. Se acusaba de inhabilidades. Sentíase torpe en las preguntas e ineficaz en el consejo, a medida que avanzaba la mañana. Y esto

le parecía una prueba de que Satán tramaba un asalto contra él.

Aquella luz de pureza le consoló. Tal vez era un apoyo que el Señor le enviaba. Penetró en su alma una santa alegría. Olvidado de sus temores, nuevamente sentíase capaz de luchar contra los poderes infernales.

Y sin embargo, aquella luz venía del sufrimiento. Era una pobre muchacha, hija de un perverso. Vivía con su padre y sus cinco hermanitos en un miserable cuarto de conventillo. El padre, alcoholista, azotaba a su hija brutalmente. Era obrero pintor, y muchos días no trabajaba. A su hija le daba unos centavos de vez en cuando. La infeliz se mataba trabajando y lidiando con las criaturas. No dormía para coser y tejer.

—Anoche, pobre Papá vino tarde. Yo estaba leyendo en el libro de oraciones que usted me regaló, Padre Eudosio. Papá no quiere que yo rece. Quise esconder el libro y me lo agarró. Lo rompió hoja por hoja. Me retó por leer esas cosas en vez de trabajar. Me acuso de ser una mala hija, de haber desobedecido

a pobre Papá. Y ahora, he aprovechado que no está en casa para venir a confesarme. Si supiera, se enojaría. Yo sé que hago mal en contrariarlo.

Eudosio le dijo que no pecaba ni con leer en el libro de oraciones ni con venir a confesarse. Por encima de su padre según la carne, estaba el otro Padre según el Espíritu, que era Dios. El Señor era el verdadero padre, el primero y el más grande de los padres.

—Tus deberes para con él están antes que tus deberes para con tu padre según la carne.

—Es cierto. No había caído.

El sacerdote quiso saber si, además de destrozar el libro, le había pegado. Ella callaba, avergonzada por su padre. Y como Eudosio insistiera, dijo:

—He venido rengueando y tengo una oreja lastimada. ¡Pobre Papá! En el fondo es muy bueno...

Solanas se admiró.

—Es bueno, Padre. Si no fuera por la bebida... Los amigos lo hacen beber. ¡Y es tan desgraciado! No bebe por vicio, Padre. Bebe

por olvidar sus desgracias. Pobre Papá no ha conocido a Dios.

Eudosio recordó la historia de aquella criatura, sacada de la ignorancia de Dios por una alma caritativa. La confesaba desde hacía cinco años, y nunca tuvo un pecado. Se acusaba de tal cual tirón de oreja a alguno de sus hermanitos, de no haber ganado lo suficiente, de haberle mentido a su padre para evitar ser golpeada. Tenía veinte años y era algo contrahecha. En su rostro, de líneas suaves y armoniosas, resplandecía una luz de santidad. El Padre Solanas, cada vez que ella se arrodillaba en el confesonario, sentía su alma invadida por una beatitud extraña. Y a veces, un llamado telepático le anunciaba su presencia junto al confesonario, esperando turno.

—¿De qué otra cosa te acusas?

—De que no lo quiero bastante a pobre Papá. No pienso de él las cosas buenas que debiera pensar. Y todavía no he aprendido a ganarme en su alma, para llevarla a Dios. No soy una buena hija.

El confesor pensó que demasiado quería

aquella santita al canalla de su padre. Pero nada de esto dijo. Y le aconsejó amarlo siempre, después de Dios.

Ahora la criatura contaba una visión: Santa Teresita habíasele aparecido una noche. Describió su traje y su belleza y repitió sus palabras. Ella lloraba: al otro día sus hermanitos no podrían comer. Rogaba a Teresita que la salvase, y ella vino en persona a anunciarle un dinero. Y al otro día, le llegó una carta con veinte pesos. Ignoraba quién se había acordado de ella. Tal vez la propia Teresita le enviaba aquel pan para sus hermanitos.

La criatura contaba estas cosas con una sencillez encantadora. Su relato era un poema. Ella, sin duda, consideraba como naturales aquellas apariciones. El mundo del misterio y de lo sobrenatural era para ella lo verdaderamente natural. Eudosio la absolvió. La santita se fué, y un aroma de claridad y de pureza quedó iluminando el confesonario. Solanas sentía el alma aligerada y gozosa.

X

Un hervidero de palabras se amontonó contra la rejilla. Después fué un tumulto de frases desbocadas. Las líneas de la sombra visible denunciaban los gestos excesivos.

El Padre Solanas adivinaba el espíritu de sus penitentes por el tono y el ritmo de las palabras. Una voz vibrada de emoción, cortada de puntos suspensivos, revelaba una alma sinceramente arrepentida. Una voz precipitada, un Iguazú de palabras, exhibía el propósito de confesar a medias algún pecado grave: cuando se habla demasiado es porque algo se pretende ocultar. La sequedad de alma se dejaba ver en el tono perentorio, en la avaricia verbal. Las vo-

ces arrastradas y cálidas descubrían, desde la primera palabra, a las tiranizadas por el instinto sexual. La falsa congoja era la máscara de los pecadores no arrepentidos; o de los que se arrepintieron a medias, unos minutos antes de la confesión, provocando aflicciones artificiales. No era raro, entre las mujeres, el lloriqueo más o menos simulado, revelador del deseo de arrepentirse, o de la vergüenza, o de la emoción de ir a contar una primera falta grave. El Padre Solanas conocía, apenas la penitente comenzaba a hablar, el género de sus pecados y el grado de su sinceridad y el de su arrepentimiento. A las novicias en el adulterio o en el pecado carnal, las adivinaba desde lejos: raras veces iban en derechura a su abominación, entreteniéndose nerviosamente en pecadillos y en precisar pormenores insignificantes. La charlatanería sin agitación solía ir de bracete con la honestidad. Otras veces, efecto de la timidez, anunciaba pecados vergonzosos.

Aquel atropello verbal no era un fenómeno ignorado para el sacerdote. Previó un cuarto de hora fastidioso. La verbosidad de la penitente

y su perfume aumentaban el calor del confesonario. Un gigantesco pañuelo desplegó su frescura sobre la cara, el pescuezo y las manos del sacerdote. La mujer, mientras el confesor sudaba, hablaba de su marido, de los amoríos de su marido, del abandono en que la tenía su marido. El sacerdote la había dejado hablar, en la espera de que se gastase. Ahora, impaciente, atajó un nuevo desborde verbal.

—Pero, hija, no me has dicho sino los pecados de tu marido. Vengan los tuyos.

—¡Ay, Padre, mis pecados! ¿Pero qué pecados quiere que yo tenga? No hablo mal de nadie. No he robado. Soy la mujer más caritativa. Tengo un corazón muy grande... muy grande... Le parecerá mal que yo lo diga, pero... Dios ha querido hacerme así. Yo comprendo y perdono todas las debilidades...

—¡Lo sospechaba!

—¡Ah, qué bien! Veo que también usted comprende las debilidades humanas. No me engañaron cuando me dijeron que el Padre Solanas era el confesor más inteligente y comprensivo.

—¡Al grano!

—Bueno, Padre. Le he hablado de mi marido para que conozca mi situación, para que me comprenda... Porque yo soy muy desgraciada; y como todas las víctimas del egoísmo de los hombres, he buscado consuelo a mis desgracias en un amor...

Estas palabras cantaron como un verso romántico.

—...en un amor que llenara mis horas solitarias, en un amor que...

—Menos palabras. Ese amor es un gravísimo pecado y se llama adulterio. El pecado jamás puede justificarse ni ser alabado. ¿Estás arrepentida?

—Pero, Padre, escúcheme, déjeme hablar. Mi amor es un amor puro, noble...

—¡Ah, eso es otra cosa!

—¿Ha visto, Padre? Y dígame: una mujer casada, ¿no puede tener un amor puro?

Solanas clavó los ojos en la rejilla.

—El amar solamente con el espíritu no es pecado. Pero siempre que no haya malos pensamientos ni peligro de caer.

—Yo no tengo malos pensamientos. ¿Para qué tenerlos?

El confesor la autorizó para seguir amando a ese hombre, ya que había sabido defenderse. Pero a condición de no verlo, o de verlo raramente, delante de otras personas.

—¡Ay, Padre, eso no! Para mí sería la muerte perder sus caricias, sus besos, sus ternuras infinitas...

A Eudosio le faltó el aire. Olas de sudor bañaron su cuerpo.

—¿Cómo? ¿No dijiste que tu amor era puro? Entendí que no te habías entregado.

—¡Y es puro! Me he entregado, es verdad. ¿Y eso, qué? ¿Acaso disminuye por ese insignificante motivo la pureza de mi cariño?

Cinco minutos siguieron, atroces para Eudosio. Veinte veces quiso interrumpir a la charlatana. Ella seguía cantando la pureza de su amor romántico e idealista, según lo calificaba. Solanas, embotellado en su garita, se agitaba. Tenía la sensación de que las maderas oprimían su humanidad: su alma y su cuerpo.

—¡Vete!

—¿Me echa? ¿Y este es el representante de Jesús, de aquel que todo lo comprendía y lo perdonaba, de aquel que perdonó y comprendió a la adúltera y que hubiera comprendido un amor tan puro y noble como el mío?

—¡Vete, o te arrojo a la calle! No te permitiré el sacrilegio.

—¡El confesor modelo! Y no comprende un amor purísimo...

—¡Largo de aquí!

—Me iré y no me confesaré en la vida. Vine a buscar consejo y me echan. ¡Estos son los que hablan en nombre de Jesús, de aquel que comprendía...!

Eudosio, haciendo temblar la iglesia con un pavoroso estrépido de maderas, salió del confesonario. La penitente, que advirtiera su primer movimiento, se alejó murmurando:

—Me trata como a una cualquiera, como a una inmoral, y no entiende que mi amor es respetable porque es un amor puro...

Se iba dengosamente, volviendo la cabeza hacia Eudosio en actitud bélica y apestando la iglesia con su perfume escandaloso. Las muje-

res que esperaban turno reían de la descarada y exclamaban:

—¡Qué cosa, por Dios!

—No he visto insolencia igual.

—¡Dios la castigará!

Solanas abandonó su postura en jarras y, dando media vuelta, en un revuelo de su sotana colosal, se alejó a grandes trancos hacia la sacristía.

—¡Esto es demasiado! — exclamó mirando a un Cristo, en actitud imprecatoria.—¡Mis fuerzas no soportan esta jornada espantosa, Señor! Dadme energía, paciencia y humildad.

Se acusó de haber tratado mal a su última penitente, de no haberle explicado, de no haber rezado por ella apenas empezó a hablar. Y siempre parado frente al Cristo se condenó a una semana de pan y agua.

XI

Salía para el confesonario cuando sintió un mareo. Manchas negras se posaban sobre las cosas un instante y alzaban el vuelo hacia otro lugar. Iba a perder el equilibrio. Se apoyó en la puerta. Luego se acercó a un sillón y allí se derrumbó.

Se adivinaba pálido. El pulso volaba. ¿Sería el anuncio de la muerte? Quiso rezar, pero la inquietud le impidió concentrarse. Asustábale una sensación extraña, como de desdoblamiento. Parecíale que estaba dejando de ser él mismo, que su personalidad se disolvía. Permaneció así unos cinco minutos. Pero todo pasó. Entonces díjose que estaría mal de los intestinos.

Su apariencia engañaba: era débil y propenso a las enfermedades internas. Trabajaba con exceso y se imponía ayunos y penitencias. Tal vez, los nervios. Su terca preocupación por las miserias humanas le mantenía en perpetua aflicción. Otros confesores se olvidaban de los penitentes y de sus pecados. Él vivía pensando en el modo de salvar a esta o a aquella alma.

Se levantó. Eran las once y media. A esa hora casi nunca confesaba. Pero sabía que esperábanle algunas mujeres. En este momento el sacristán vino a decirle que un hombre deseaba confesarse con él.

En la antesacristía le esperaba el penitente. El día, nublado, entristecíase aun más, allí adentro. En la penumbra, Solanas distinguió un hombre esbelto y de edad madura. Vestía de luto. En la mano tenía un chambergo negro, de enormes alas. Su rostro afeitado y pálido, de labios gruesos y salientes, de barbilla afilada, se destacaba en la oscuridad. Bello tipo. Pero su expresión era muy desagradable: por su sonrisa maligna, su gesto amargo y desolado en un

extremo de la boca, la frialdad hiriente de la mirada y el bizquear de los ojos.

En la antesacristía había dos reclinatorios; uno de ellos, debajo de un Crucifijo. El confesor indicó este reclinatorio, pero ya el penitente se arrodillaba en el otro. Allá fué el confesor.

El Padre Solanas no vió al hombre persignarse ni advirtió que rezara el *Yo pecador*. Tal vez lo habría hecho en la iglesia, o mientras le esperaba. Y se inclinó hacia el penitente para oírle.

—Yo he sido creyente en mi infancia, señor.

La voz silbaba con un tono antipático. Le sorprendió al sacerdote que le llamara como a un laico.

—Pero he perdio la fe. Quisiera recuperarla. Alguien me ha indicado su nombre. Me han dicho que es usted un santo...

—Por favor... — rogó Eudosio, disgustado.

—Sí, un santo. Tiene fama de santo.

La voz del sujeto se quebró en una risita casi imperceptible. El sacerdote sintió un escalofrío por todo el cuerpo, y creyó que se ma-

reaba de nuevo. Pero tuvo fuerzas para decir:

—Le ordeno que confiese sus pecados.

—Voy a confesarlos. Tenga un poco de paciencia, señor. Pero yo quisiera que usted, tan sabio, tan talentoso y el mejor confesor que hay en Buenos Aires...

—¡Cállese, por Dios!

Eudosio sentíase mal. Parecía que el hombre se riese, pero con una risita perversa, finísima, en extremo sutil. ¿Estaría burlándose? ¿O sería un loco? O sería... La sangre se le heló al pensarlo.

—Yo quisiera — prosiguió el hombre con su voz abyecta y mirando al sacerdote con ojos perforantes — que el señor me convenciese de una duda dogmática que... me aflige.

—¿Y es? — preguntó Solanas con curiosidad y temor.

No era él un teólogo. Carecía de afición por el estudio. Conocía bien la religión, eso sí, y fué siempre un convencido creyente. Alguna vez, sin embargo, como ocurre a todos los hombres en todas las cosas, tuvo una duda. Pero no consentida, sino una simple tentación intelec-

tual, un relámpago pasajero, un vuelo de ala. Su duda era sobre la virginidad de María. Y esto le torturaba. Prefería haber dudado de la existencia de Dios.

El penitente, a la pregunta del Padre, echó atrás el busto para cobrar distancia y mirarle. Sus ojos fosforecieron en la oscuridad.

—Mis dudas son sobre... la virginidad de María...

Eudosio sintió vértigo. Su personalidad se diluía. Se pasó las manos por la frente, por los ojos. Todo su ser pidió socorro a Dios. Y no se atrevía a mirar al individuo. Se sabía examinado, despreciado por su mirada hiriente. En un momento, pudo torcer los ojos; pero los retiró: las pupilas del hombre brillaban satánicamente y en sus labios sonreía una mueca de odio y sarcasmo.

Entonces Eudosio se soltó a hablar. Al comienzo tartamudeaba, no encontraba las palabras y accionaba torpemente. Pero cobró confianza en sí mismo y seguridad. Hablaba de la Virgen, de cuanto la amaba. La magnífica belleza de las letanías revivió en su palabra,

elocuente de emoción. Miraba al suelo, o al Crucifijo próximo o al techo. Habíase olvidado del penitente.

Pero de pronto lo recordó. Se detuvo. Sus ademanes se endurecieron. Temía mirar. No sentía una presencia humana a su lado, y esto le aterrorizaba. Por fin, dirigió sus ojos de soslayo hacia el lugar del penitente. Había desaparecido.

—¡Virgen Madre, protéjeme!

Se puso en pie. Temblaba todo entero y sudaba un líquido helado. Adivinábase con la palidez de un cadáver. Miró con angustia hacia todas partes. Nadie. Ni un ruido. Se apoyó en el reclinatorio para no caer. Un silencio de catástrofe moral le envolvía y le penetraba. Estaba en la cumbre de su desamparo. Pasaron unos minutos con lentitud y grandeza de siglos. Por fin, apareció el sirviente.

—Me siento enfermo — exhaló. — Dame el brazo.

El hombre achacó aquello a los ayunos, al levantarse a media noche y, sobre todo, a "lo otro". El Padre cura se estaba suicidando. ¡Pa-

ra qué tanta santidad, Señor! Con la que tenía bastaba para ocupar un bonito sitio a la derecha de Dios Padre.

Eudosio iba en una agonía. Bebió este otro cáliz en silencio, mientras caminaba apoyándose en el charlatán.

—Y ahora, a comer bien, señor Cura. Hay un bacalao...

Solanas lo detuvo. Una mirada de angustia turbaba su rostro. Y preguntó, casi sin voz:

—¿Viste salir... a ese hombre...?

—Le ví y aun cambiamos unas palabras. Es un caballero con mucha finura y mucho aquél.

El sacerdote sintió hacerse el vacío en su cerebro. Temió enloquecerse. Para peor, se había olvidado de algunas cosas. No recordaba de qué hablara con el falso penitente: estaba cierto de que era Satán. Siguió su lento andar, consternado. Su triunfo dábale alegría, pero le anunciaba gigantescas luchas contra el Infierno.

Llegó al umbral del comedor. El Teniente Cura y un invitado, el Padre Casulleras, le

aguardaban a la mesa. Al verle, ambos estallaron en efervescentes exclamaciones.

—¡Por fin, hombre!—explotó Casulleras—¡Como se vé que está usted bien alimentadito! Aquí, desfallecíamos de debilidad...

—¡Venga el bacalao, Paco, que ya no puedo más! — exclamó el Teniente, blandiendo el cuchillo y el tenedor.

Eudosio desplomóse sobre el asiento y se abstrajo en una visión lejana. La Virgen María sonreíale con infinita dulzura.

XII

El Padre Casulleras era gallego, aspaventero y locuaz. Con el reloj en la mano y un complicado revolver de los ojos y menear la cabeza, reprochaba al Cura:

—¡Las doce y media, Padre Eudosio, y todavía estaba usted confesando! Esto es matarse, ¡por los clavos de Cristo! Nos dá usted a los demás un mal ejemplo.

El Teniente Cura masculló para su plato virgen:

—Y después de una nochecita que ya, ya...

Solanas no pudo distinguir las palabras del Teniente, pero las adivinó. La lengua del criado ya había ido con el cuento a los Padres,

seguramente. No le importaba nada en aquel momento. Su vida navegaba por mundos sobrenaturales. Sus invitados acababan de descubrir que un ensimismamiento extraordinario le aislaba de ellos y de todas las cosas. Iniciaron un silencioso dúo de miradas escudriñantes o interrogativas. El sirviente, preguntado con las miradas, repuso:

—Un mareo. Y es que no come, el pobrecillo. Le ha dado por aquello de la santidad ¿saben ustedes?

Eudosio alzó los ojos hacia el indiscreto, suplicándole misericordia.

—Vamos, Solanas, aliméntese — le rogaba el Teniente. — Mire que, con el de hoy, vienen tres días de ayuno seguidos.

El criado voló adentro y trajo una gran fuente. Eudosio rogó fuerzas a Dios. Puso toda la voluntad de que en aquel instante disponía, para tragar unos bocados del fantástico plato de bacalao que le sirvieran.

Su pensamiento se sutilizaba en los pormenores de la última confesión. No dudaba de que aquel extraño penitente era el Demonio.

Que el sacristán le hubiese visto salir y hablado con él, nada probaba en contra. Pero, ¿por quê aquella tentación extraordinaria? Creyó siempre que Satán no se aparecía sino a los santos; y le abrumaba y afligía la idea de que Dios le hubiese elegido para el más alto destino a que puede aspirar un hombre. ¡Compromiso trágico y grandioso! Porque ¿sería él digno de semejante destino? ¿No sucumbiría ante las tremendas pruebas a que Dios pudiera someterle? Todo hijo de Cristo debe ansiar la santidad, y es una bestia, como ha dicho Papini, aquel que nunca la ha deseado. Pero el camino de la santidad está orillado de espantosos peligros. Cuanto más arriba se asciende, más fácil es el desbarrancamiento. Un instante de orgullo, precisamente por sentirse santo, y el alma se precipita a las tinieblas. ¡Él quisiera subir, Señor, pero no demasiado! Temía carecer de fuerzas para el arduo alpinismo espiritual, aunque bien sabía que el aumento de perfección creaba un aumento de la Gracia. ¡No ascender demasiado! Pero ¿no es también torpeza y pecado pretender limitar la voluntad divina? ¡Se-

ñor, Señor, qué difícil el andar por tus caminos!

Se esforzó en no pensar: los invitados tal vez adivinaran el sentido de sus cavilaciones. Se atragantó, sin ganas, con el bacalao. Ofreció a Dios aquella penitencia: comer en medio de sus inquietudes. Y habló. Contestó a las preguntas y él preguntó a su vez. Y esto bastó para que su alma descendiese por un momento de las altas realidades y diese unos pasos tartamudos por entre las cosas de la realidad vulgar.

El Padre Casulleras contó una inacabable anécdota cómica de un gallego recién llegado de Galicia. El Teniente Cura, locuaz también, pretendía encajar en medio del relato ajeno otra anécdota de otro gallego. Cuando el uno hablaba, el otro, atento sólo a la historieta que no podía retener, esperaba ansioso un huequito por donde introducirse. Pero Casulleras triunfaba. Su atlética voz vencía, inmisericorde para su rival. Casulleras hablaba nada más que para sí, encantado de oírse, de imponer sus palabras, de dar un solo. Para Eudosio, aquel

contrapunto de solistas, al dispensarle de fingir y de hablar, fué un descanso moral y físico.

Y así, mientras sus amigos devoraban, reían y cortaban el relato del otro, el Padre Solanas, pasado el inicial estupor, meditó con recién nacida calma. La aparición de Satán era el acontecimiento que había presentido con temor. ¿Volvería el Malo a mortificarle? Satán adoptaba las más variadas formas de tentación. Le extrañaba aquel intento de vencerle por la fe. ¿No vendría luego la tentación por la carne? Eudosio enrojeció: acababa de recordar el gran pecado de su vida.

Y no vagamente, como otras veces. Ahora no era una cosa abstracta, sino un recuerdo preciso. En la pantalla blanca de su conciencia, movíase, aunque todavía informe, una figura femenina. En seguida se aclaró un cuerpo. Después surgió él mismo, Eudosio Solanas, frente a aquella mujer. Y por fin el rostro de una muchacha completó la figura. El sacerdote se alarmó afligidamente, y un alud de sangre amenazó reventar bajo la piel de su carota. No creía haber pecado; pero aquel recuerdo pu-

diera ser el primer paso por el camino que le llevara al pecado. Satán rondaba junto a él. Estrujó la estela de su recuerdo e intentó distraerse. Injertó sus pinceladas exactas en la acuarela chirle de aquella conversación. Hasta llegó a reír de una chuscada de Casulleras. Pero en su alma habíase abierto un hondo lago de tristeza. ¡Diez y seis años de luchar contra el mal recuerdo! Y ahora, cuando ya estaba irrevocablemente olvidado, he aquí que, de pronto, retornaba para perseguirle y humillarle...

Y así iba el almuerzo. El Padre Casulleras disputó luego con el Teniente. Casulleras defendía a este país. El otro sentía la murria de su Montaña santanderina. Casulleras no extrañaba a Galicia. Nada de morriña. Y metiéndose en su bocaza media empanada de vigilia, ladró:

—En aquel país no se come...

Y con la boca que se hinchaba a cada palabra — la voz, para salir, tenía que apartar los obstáculos que la atajaban — agregó que allí el Teniente era el gallego y él un criollo.

Beatitud de Solanas mirando devorar a sus amigos. Le complacía que recibiesen tan alegremente los dones del Señor. Ante la payada de tragones, rió de veras. Y al notar su impensada risa, comprendió que Satán estaba lejos. Donde había alegría no entraba el Malo, Emperador de la Tristeza.

Y sintió él también deseos de comer. En otra ocasión hubiérase contenido, por mortificarse. Pero comprendía que necesitaba estar bien nutrido para resistir al Demonio. La debilidad del cuerpo suele abrirle las puertas de la morada íntima. Y se sirvió una gran empanada, con entusiasmo intrépido.

XIII

Voces en la puerta alargaron hacia allí el oído de Eudosio, sutilizado en el confesonario. Adivinó que alguien quería verle y que el sirviente negaba a su amo, defendiendo su descanso y su almuerzo. Y envió el pelotazo de su voz poderosa:

—Que entre. Sea quien sea.

Se levantó. Los otros Padres intentaban obligarle a quedarse. Ni les contestó. Y su informe y gigantesca figura negra allá fué, con mal equilibrado andar de palmípedo.

—¡Hola! ¿Qué novedad traes?

—¡Horrible, Padre! En mi casa estamos en plena tragedia. ¡Es espantoso!

—Habla.

El visitante — treinta y dos años, expresión simpática, gestos y palabras apasionados — refirió que su mujer estaba a la muerte. Un embarazo, una miocarditis y una hipertrofia del corazón. La noche antes, el médico declaró una sola salvación: el aborto. Pero ella no consentía. Sospechaba que la Iglesia no toleraba aquello. El marido y los hermanos consultaron el Diccionario Enciclopédico. La madre de la enferma no comprendía lo que para ella era un suicidio.

—¡Qué noche, Padre! Mi mujer, diciendo que no había tanta urgencia, pidió que lo llamáramos a usted. Sin su autorización, ella jamás consentiría. Prefería morirse. Yo estuve anoche, Padre. Esperé una hora y media, y me volví desesperado. ¡Sálveme a mi mujercita, Padre! Usted que nos ha casado, que es su confesor, ¡sálvemela! Se lo agradeceremos eternamente. Usted sabe que la adoro, que me moriré o me pegaré un tiro si ella me abandona. Dígame que ella se equivoca, que puede ser operada, que es un caso especial...

El sacerdote apenas atendía. Su humanidad se aplastaba en un sillón sin brazos y desbordaba por los lados. La cabeza se le caía sobre el pecho y multiplicaba los pliegues de la papada. Y por entre las cejas, una mirada fija, dolorosa, se clavaba en el rostro de su interlocutor.

El visitante, en su exaltación, no había observado al sacerdote. Cuando vió su cara, un grito interno salió destrozado en sollozo:

—¿Es posible... Padre? ¿No...?

Palabras temblorosas y lentas desfilaron por los labios del sacerdote:

—Tu mujer está en lo cierto. La Iglesia no permite esa operación.

—Pero... es para salvar una vida. Entre la vida hipotética del hijo, que todavía no ha nacido, y la vida real de la madre, de una madre de otros hijos que quedarán huérfanos, no es posible dudar. La vida de esa madre es necesaria a sus hijos, me es necesaria a mí...

El sacerdote continuaba inmóvil, con la mirada atrozmente fija, en apariencia insensible ante el hervir de las palabras apasionadas. Ni

un pestañeo, ni un movimiento de sus gruesos labios. Eudosio oía y quisiera no oír. Aquel hombre era su penitente y el marido de una mujer admirable, una de las más bellas almas que conociera en su vida. Aquel hombre le mezclaba a su tragedia, agregaba un nuevo drama a su existencia de confesor y sacerdote. Por un lado, la inflexibilidad de la Iglesia, a la que amaba por sobre todas las cosas. Por otro, el dolor torturante de ver morir a una de sus más amadas hijas. Una palabra suya y ella sería salvada. Pero sobre él recaería la responsabilidad ante Dios. Su pecado sería grave: permitir la operación equivalía a permitir un asesinato.

—Contésteme, Padre. Dígame que sí...

—No se puede, hijo. La pequeña vida que se pretende destruir es ya, según la doctrina de la Iglesia, un ser humano, con un alma, como tú y yo. No se puede, por salvar una vida, quitársela a otro ser. Tu mujer tiene derecho a vivir, pero tu hijo también lo tiene; y sólo Dios es dueño de las vidas humanas.

—Usted me mata, Padre...

El visitante se exaltaba en su agitación sentándose, levantándose y recorriendo el cuarto en todas direcciones. Por fin, se derrumbó sobre un sillón, estremecido de sollozos.

Eudosio se levantó con esfuerzo. Fué hacia la anaquelería y allí, de espaldas a su visitante, desahogó en un suspiro de cíclope su emoción. Con excesiva lentitud tranquilizadora buscó un volumen. Y con un pesado infolio en latín sobre Teología Moral volvió a su visitante, que continuaba doblado sobre sí mismo, con las manos en el rostro.

—Aquí tienes — le indicó el sacerdote. — Está prohibida la operación. Solamente existe un caso...

El otro, que mirara por complacencia y buena educación — no entendía el latín — fué sacudido por estas palabras.

—¿Un caso...?

El Padre Solanas hinchó el aire circundante con la fuerza titánica de otro suspiro. Sus ojos se agrandaron. Por su rostro viajaron multitud de estremecimientos. Y mientras los labios le temblaban dijo con pretensión de calma:

—Sí. Es el caso en que hay que realizar otra operación en el mismo órgano. Si entonces, como consecuencia de esta operación...

Los ojos del visitante se encandilaron, al pasar de las tinieblas a aquella milagrosa iluminación.

—No sé, Padre, si hay otra operación que hacer. No sería extraño...

Y su amor y su esperanza florecieron en esta santa mentira:

—Me parece haber oído algo sobre eso...

En la expresión de Solanas el visitante creyó observar un alba de consuelo. Comprendió el drama del sacerdote, tan bueno y generoso. Aquella válvula facilitábale su tranquilidad de conciencia.

—Voy a preguntar y vuelvo. Usted me ha dado esperanzas, Padre. Es decir... usted, no. La doctrina... que es así... La Iglesia...

El sacerdote, con su brazo sobre los hombros del visitante, insistió:

—Pero fíjate bien. Sólo en el caso de que sea necesaria otra operación. Necesaria y urgente, ¿eh?

El visitante, lleno de lágrimas, le besó la mano y se precipitó hacia la puerta.

—¡Dios mío, perdóname! — exclamó el sacerdote al quedar solo.

Y cayó de rodillas. Era verdad lo que él dijera, pero sabía que iba a ser engañado. Y había dado fundamento para que otros — ¡por amor o humanidad! — realizaran un acto condenado por la Santa Madre Iglesia.

—¡Perdóname, Virgen de mi alma, mi complicidad indirecta en la salvación de una madre, de una admirable mujer que es una sincera y fervorosa creyente y una esposa modelo, y una alma pura y generosa! ¡Perdóname, Señor!

XIV

Iba ser engañado, sí: a él no le incumbía la averiguación de la verdad. No tenía el derecho de preguntar a los médicos. Se indignarían de lo que era, según ellos, un entrometimiento. No le quedaba sino aceptar la palabra honrada de su penitente y amigo. Honrada — bien lo sabía él — pero a la vez dueña de la única llave que abría la puerta hacia la salvación.

Con estos pensamientos de intranquilidad volvió al comedor. Sus anteriores inquietudes ya no le encombraban el espíritu. Nada nos alivia tanto de nuestras preocupaciones y sufrimientos como el espectáculo del dolor ajeno. ¡Terrible cosa, la vida! ¡Y los pobres hombres

detrás de los placeres! El Padre Solanas amaba la vida en sí, la vida en abstracto, obra de Dios; pero consideraba dolorosa y repugnante la vida de los humanos. Éramos una miseria pura. Cada placer traía un dolor. No había vida verdadera ni placer sino en Dios. Después de diez años de confesar, sólo la fe podía evitar el pesimismo absoluto y la desesperación suicida.

Los comensales discutían sobre el Demonio. Casulleras aseguraba que pasaron los tiempos en que se aparecía el Malo.

—¡Cuentos de vieja, hombre! El Demonio sólo se aparece a los tontos o a los histéricos ¡Supersticiones indignas de este siglo de los aeroplanos, hombre!

Eudosio había quedado en pie, inmóvil, al enterarse del tema. ¿Era Dios, o era Satán, el que le introducía en semejante conversación? Sus ojos se demoraron en cada uno de los Padres, con desconfianza y temor. Y sentóse, con una enorme espectativa.

—¿Qué le pasa a usted, Solanas? Parece que le hubiéramos robado a usted algo, por el modo como nos mira...

—Nada, nada... Sigan ustedes...

Solanas no era un sabio, aunque reunía más ciencia que los otros dos Padres. Pero él creía un teólogo al Teniente, que gustaba discutir sobre dudosos asuntos de doctrina; y un literato a Casulleras, que fraguaba detestables versos, imitados de Gabriel y Galán, su ídolo. Y a pesar del desagrado moral y físico que le produjeran las palabras de Casulleras, se absorbió en la cháchara de sus comensales, con la mano en la barbilla y la mirada fija en el que hablaba.

—Pues al Cura de Ars, que vivió no hace un siglo, se le aparecía el Demonio — objetó el Teniente.

—Habrá que ver, hombre. Habrá que ver.

El Teniente recordó la vida del Padre Vianney y cómo, durante largos años, fué mortificado por Satanás con espantables ruidos a media noche.

—¡Ruiditos a mí! ¡Cá, hombre! El Cura de Ars sería un visionario, un enfermo. Padecería de fobias, de obsesiones acústicas. Que me lo digan a mí...

Solanas no había comido un bocado más. Absorto en el diálogo de sus comensales, recogía los peces grandes y chicos de las frases en la red de su espectativa. Historias de apariciones demoníacas afiebraban las palabras del Teniente, inagotables de anécdotas. Eudosio aspiraba a su alrededor el olor a azufre de los infiernos. Estrambóticos sujetos coludos y cornudos carcajeaban en las puertas o cruzaban el aire haciendo gestos obscenos.

—No es que yo no crea en el Demonio, como ustedes comprenderán — resumió Casulleras. — Es que no creo en sus apariciones en estos tiempos. Satanás se aparece en épocas de profunda fe, que es cuando él lo necesita; y ahora no lo necesita porque el mundo es suyo. Satanás se aparece a los santos, y ahora, Teniente, no hay santos.

Eudosio se levantó. Aquella conversación le hacía mal. Además, quería confesarse y lo anunció. Sus invitados quedaron como dueños de casa. La disputa recrudeció con gran floreo de ademanes y exclamaciones.

Se dirigió a la casa de los jesuítas llamada

Regina Martyrum. Anduvo algunas cuadras a pie, batiendo el aire inmóvil con los vuelos de su sotana gigantesca. El calor espeso y sucio le empujó a un tranvía. Su humanidad llenó dos asientos y allí quedó sudando.

Minutos después el coloso arrodillábase junto al Padre Aragón, su confesor desde hacía cinco años. La larga nariz del jesuíta denunciaba al sabueso de pecados. La sequedad y enjutez de su rostro adaptábase a la Cuaresma. Las eses castellanas de su pronunciación echaban a latigazos, de sus inmediaciones, a Satanás.

Las dos sotanas sumaron sus negruras. Eudosio refirió los sucesos de aquella mañana. Un temor de espectativa cubría de baches su voz. Ahora él, después de haber juzgado a los otros, iba a ser juzgado. Ahora él también entraba en la caravana secular de los pecadores.

El jesuíta escuchó el relato sin el menor gesto de asombro. Su nariz tenía levísimas contracciones al olisquear a Satanás. Pidió la explayación de algunos pormenores e hizo preguntas que sumergieron a Eudosio en un mar de sudores y de angustia.

—Aparentemente — secreteó con prudencia, como para que no oyese el Malo — se trata de hechos sobrenaturales. Pero nosotros no debemos considerar un hecho como sobrenatural sin estar en absoluto seguros de que no es perfectamente natural y humano. Usted se ha debilitado con ayunos y penitencias. Su salud es precaria, no obstante la apariencia en contrario. No sería extraño que su sistema nervioso se hubiese desequilibrado. Hágase examinar por un médico. Elija uno católico. Y tenga mucha discreción. Y desconfíe de sí mismo. Creer que el Demonio se le ha aparecido puede ser una forma de orgullo. El Demonio nos tienta a todos, pero no se nos aparece fácilmente. Su poder tiene límites. Su maldad tropieza con la valuntad de Dios.

Solanas fué a ver un especialista en enfermedades nerviosas. El doctor Morales, casado con una de sus asiduas penitentes, no atendía el consultorio en Semana Santa; pero hizo una excepción con Eudosio, a quien conocía y estimaba. Su cordialidad reconfortó al sacerdote, que llegara hecho un pobre hombre a su casa.

Durante media hora, el médico fué el *manager* de un atleta en entrenamiento. Desnudo el busto selvático, Eudosio, en pie, a la voz del médico, levantó una pierna y luego la otra y caminó con los ojos cerrados. Luego, sentado, vió brincar su pierna a un golpecito en la rodilla.

—Sano, completamente sano. Su sistema nervioso funciona a la perfección. Está un poco excitado hoy. Alguna preocupación pasajera. Quédese tranquilo, Padre.

Eudosio refirió el suceso de la mañana. El médico lo declaró inexplicable, levantando los brazos. Apartóse en su perplejidad y luego dijo:

—Que no ha sido alucinación, se lo aseguro. Usted es un hombre normal y su sistema nervioso funciona normalmente. Ahora... un médico no puede creer en el Diablo. No soy incrédulo. Voy a misa los domingos. Pero ¿cómo aceptar lo sobrenatural? Si yo reconociese al Diablo en su personaje, mis colegas me arruinarían propagando que me había vuelto loco. Padre Solanas: usted no ha visto al Diablo... ni yo tampoco quiero verlo.

Y rió clamorosamente, palmeando al sacerdote.

Solanas se dirigió a su iglesia. Allí se arrodilló y pidió al Señor que le hiciera distinguir la verdad, si convenía para la salvación de su alma. Sentíase solo, abandonado en la cumbre de un páramo. Nunca lamentó tanto la falta de un amigo. ¿Cómo confiarse al Teniente o a Casulleras? ¿Y cómo revelar su íntima tristeza a su confesor, rígido y seco? Ahora veía el fondo de la soledad humana. Su caso era el de todos. Había un pozo en cada hombre — lo único verdaderamente nuestro — que no podíamos darlo a los otros, ponerlo en contacto con el pozo de las otras almas. No eran vasos comunicantes las conciencias humanas. Y su caso, como confesor, era el más penoso. Él, que consolaba o intentaba consolar a los demás, no tenía junto a sí ni una palabra de afecto o de comprensión. Ni podía tenerla. Ni podía aspirar a tenerla. Hundió la cabeza entre las manos y quedó un instante en un torpor doloroso. Las lágrimas rodaban hasta caer en los fosos de su papada.

XV

La profesión del sacerdote, sobre todo del que tiene cura de almas, abarca cotidianamente la totalidad de la vida humana. Raro era el día en que el Padre Solanas no asistiera, desde el maravilloso observatorio de su sacerdocio, a los momentos esenciales en la vida de un hombre. Si era excepcional que oyese los llantos del recién nacido, al asistir a alguna parturienta moribunda, no lo era que bautizara a criaturas de pocos días. Presenciaba, pues, las primeras manifestaciones del hombre en la vida; y él le daba, con el bautismo, el nombre de cristiano y lo incorporaba a la Comunión de la Iglesia. Y de igual modo unía en el matrimo-

nio, diariamente, a alguna pareja; y era testigo del tránsito de los moribundos. Toda la vida del hombre, film eternamente idéntico y eternamente trágico, desfilaba ante sus ojos en cada día del año.

En el Miércoles Santo no se realizaban casamientos en la iglesia. Ni, generalmente, bautismos. Pero una casualidad, nada rara por cierto, permitió que aquella tarde el Padre Solanas reuniese en el mismo acto los sacramentos del Bautismo, del Matrimonio y de la Extremaunción. ¡Estaba de Dios que aquel día no tendrían término sus trabajos y sus emociones!

Rezaba aún en un banco de la iglesia cuando el sacristán se le acercó. Una pobre mujer, conocida del Cura, sentíase a la muerte y le mandaba llamar. Eudosio fué en seguida, con su valijita.

La mujer vivía en un conventillo vecino. Era creyente y, desde hacía un año, deseaba confesarse. Pero el sacerdote no podía absolverla. Impedíaselo el concubinato de la mujer. Ella rogábale a su hombre, un socialista, todos los días, que consintiese en casarse ante la Igle-

sia: sino por los hijos, a quienes bastaría el matrimonio civil para darle legitimidad ante la ley, por ella, por su conciencia de cristiana, por la salvación de su alma. El hombre era irreductible: no por sus ideas sino por temor a los compañeros.

Aquella mañana la mujer había dado a luz y ahora se moría. Afligida ante el temor de dejar este mundo en pecado mortal, reunió todas las fuerzas de su alma y clamó misericordia. El hombre, que la amaba, afligido a su vez y, con una esperanza de salvación, consintió. Y allá estaba ahora el Padre Eudosio, bendiciendo, *in articulo mortis,* la unión ante Cristo. Luego, a pedido de la mujer, que temía una reacción del marido, bautizó al recién nacido y a los demás hijos. Y por fin, la Extremaunción cerró aquel acto, a la vez feliz y doloroso.

Todo transcurrió entre llantos y afectos. El mujererío del conventillo, que había arreglado un altarcito en la pobre pieza de la moribunda, felicitaba a la mujer y lloraba incesantemente. Pañuelos no muy blancos se entretenían en pasar de los ojos a las manos y de las ma-

nos a los ojos. Hasta el Padre Eudosio lagrimeó por aquella felicidad, que era, en parte, su triunfo: él mantuvo la fe de la mujer, y disminuyó la resistencia del marido a fuerza de discusiones que escarbaron en su conciencia. Y el propio sujeto fué uno de los más emocionados, a pesar de que recibió la bendición con una sonrisa entre irónica y resignada, digna de quien está por sobre "la mentira de las supersticiones".

Con la confesión, el casamiento y el bautismo de los tres hijos la mujer cobró una animación extraña. El marido creyó en una mejoría. Una vieja aseguró que aquello era un milagro. Pero la enferma pidió la Extremaunción. Y apenas hubo terminado la ceremonia, cuando ella, serena, sonriente, rodeada de sus hijos, arrodillados a su lado, y de su marido, pasó la raya que separa la vida de la muerte.

El Padre Solanas se retiró confortado. Satán estaba vencido en su conciencia y no reaparecería. Dios le había mandado aquel triunfo: el casamiento y la confesión de la pecadora. Recordó que el Teniente, hablando de apari-

ciones demoníacas, contó que el Cura de Ars era visitado por el Demonio en vísperas de la llegada de algún gran pecador. Y esto le confirmó en su convicción respecto al hombre de aquella mañana.

Quedó tranquilo y feliz. El artista nunca es más dichoso que después de haber creado una bella página. El Padre Solanas nunca sentíase tan feliz como después de haber arrancado una hoja del libro de nombres de Satanás. En aquella hoja, donde él venía escribiendo una escena de arrepentimiento, acababa de poner el punto final. Y lo mismo que el verdadero escritor se considera una especie de médium o un instrumento, así Solanas tenía la certeza de que todo era obra del Señor. Él fué sólo el instrumento de que Dios se valiera.

Eudosio llegó a la iglesia con una gran alegría. ¡Una alma salvada! Habíase olvidado de todos los trabajos, padecimientos e inquietudes de aquel día. Sentíase ágil y joven y le entró el deseo de cantar y de reír. Los Padres que esperaban para confesar aquella tarde, advirtieron su contento.

—Una pobre mujer empecatada se ha confesado. Una muerte feliz. Hay motivo para el contento y lo habría hasta para bailar como el Rey David. ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Y hacía castañuelas con los dedos y reía.

XVI

En este nuevo estado de ánimo, Eudosio se acercó a su confesonario. La iglesia, desierta, descansaba de las visitas recibidas por la mañana. El confesonario tenía arriba, escrito en una cartulina blanca, el nombre del Cura, como el de un abogado que evacuara consultas. Era de formas barrocas. Las vueltas y los retorcimientos de sus líneas parecían muestras permanentes de las complicaciones e innumerables vericuetos de la Teología. Eudosio gustaba comparar al confesonario con un doble golfo adonde buscaban refugio y salvación los barquichuelos humanos. O con un dique de carena adonde iban las almas a limpiarse y a re-

faccionarse para seguir luego, como nuevas, su viaje.

Se arrodilló cerca, en un banco, en espera de sus penitentes. Eran ya las tres y media y no tardarían. Pidió a Dios paciencia e inteligencia. Pasos cautelosos y bultos de diversos colores entraban en el templo y sitiaban los confesonarios. Eudosio, de dos trancos, sin mirar a las mujeres, se sumergió en el suyo.

Y empezó así la media jornada de la tarde del Miércoles Santo. La Iglesia manda comulgar por Pascua. Algunos pecadores dejan para el Corpus el cumplimiento del precepto. En su mayoría se arrodillan el Miércoles Santo para comulgar el jueves.

Horas terribles por la cantidad de confesiones; pero, sobre todo, por la clase de los pecadores: los que sólo se acercan una vez por año al Sacramento de la Penitencia, o los que han dejado pasar varios años y eligen ese día para solemnizar su arrepentimiento.

Al Padre Solanas no le preocupaban con exceso las confesiones de las mujeres, pues las mujeres, en general, se acercan a Dios frecuen-

temente; aparte de que entre ellas abundan las almas puras y las temerosas de las leyes de Dios y de los hombres. El despotismo de la carne, origen de crímenes, no lo sentían, salvo una que otra, las mujeres que se arrodillaban ante el confesor. Las pasiones se dulcificaban en ellas por la vida familiar; por la oración, aunque fuese rutinaria; por la misa dominical. Muchas de ellas hacían promesas cuando una enfermedad, propia o de un ser querido, las afligía. El absoluto olvido de Dios era harto raro entre las mujeres. Muy sensibles a los grandes dolores — la enfermedad, la muerte, la miseria, — estos caminos las conducían a Dios. La muerte de un ser querido traía un retorno a la fe o un crecimiento en la devoción y en la virtud. Y la vigilancia, el temor, las preocupaciones sociales, el amor a los padres o a los hijos las defendían contra el pecado carnal.

Las mujeres exponían casos de conciencia, a veces complicados hasta la sutileza. Tejían encajes de preocupaciones e inquietudes ante el paciente confesor. Muchas de ellas, las más inteligentes, buscaban en el confesor un

amigo a quien pedir consejo y hacer confidencias: las confidencias que no podían hacerse al marido o que el marido, afanado en cosas exteriores, no gustaría de oír o no sabría comprender.

Pero los pecados de las mujeres eran, a veces, espantables. La misma condición femenina los agravaba. Eudosio padecía en su corazón en estos casos, porque las mujeres, casi siempre, habían soportado la expiación después del pecado o porque en la falta o en el castigo fueron víctimas de los hombres. Los pecados femeninos afectaban sólo a la ternura del sacerdote. Los pecados de los hombres sacudían con violencia y horror todo su ser.

Los hombres, aquellos que se confesaban, hacíanlo, generalmente, una vez al año. En su mayoría, poco se acordaban de Dios. En un año, de una Semana Santa a otra, acumulaban montañas de pecados. Todos vivían con la obsesión de la mujer. La vida sexual de los hombres casi siempre era repugnante. Y luego, las infamias de toda especie: negocios sucios, calumnias, maldades.

Las confesiones de los hombres eran generalmente rápidas. Su poca frecuencia y la gravedad de las culpas aumentaba la sinceridad y el dolor. Los hombres pecaban más que las mujeres, pero sentían mayor arrepentimiento. Y apenas necesitaban consejos: ellos bien sabían la gravedad de sus abominaciones y los modos de evitarlas. El Padre Solanas padecía mucho más confesando a los hombres que a las mujeres. La grandeza en el mal, en algunos penitentes, le dejaba aplastado y dolorido. Aquellas confesiones rápidas, unas tras otras, eran latigazos en su alma y en su carne, *sketches* sintéticos y espantables de nuestra miseria humana. Dos horas de semejantes sacudimientos y Eudosio quedaba destrozado, herido para el resto del día. Después de una de estas sesiones sólo recobraba la calma por medio de la oración. O leyendo las vidas de los Santos. Necesitaba convencerse de que no todo era podredumbre entre los hijos de Adán.

Aquella tarde no duró mucho al Padre Solanas su contento de ánimo. A la media hora de encierro en su garita, ya había entrado en su

alma y en su cuerpo el acobardamiento. No sabía por qué, pero sus temores reaparecieron repentinamente. Todos los sucesos, pequeños o importantes, ocurridos desde la noche anterior y que le habían preocupado por su condición misteriosa, se aglomeraron ante sus sentidos: la pareja del automóvil, la amenaza del retorno de su terrible recuerdo, su mareo, la confesión del hombre extraño, las sensaciones raras que experimentara en algunas confesiones, los ruidos indefinibles que creía oír. Y tuvo miedo: de sí mismo, de su probable agotamiento físico y moral.

¡Miércoles Santo! La jornada se definía cada vez más horrible para el pobre hombre. Hora y media confesó a mujeres. Varias veces, imaginó que golpeaban a la portezuela del confesonario y asomó la cabeza. Sentíase inquieto, distraído. Cosa que jamás le ocurrió, debió hacerse repetir relatos y explicaciones.

En medio de todo, no le faltaron momentos de extraordinaria lucidez. La última penitente fué una dama que llevaba su caso de conciencia. Humildemente, explicó su situación. El

sacerdote escuchó con paciencia. Y al terminar de hablar la mujer, él dijo estas palabras:

—Mentira, mentira y mentira.

La penitente, que urdiera con habilidad una historia, intentó defenderla. El sacerdote, con brutal franqueza, repitió una vez más la misma palabra. Ella enmudeció, asombrada. Y entonces el Padre Eudosio, como si el oráculo le inspirase, le dijo cuál era su pecado. La mujer terminó confesando toda la verdad.

El sacristán vino a avisar al Padre que en la antesacristía le esperaban algunos hombres. Encomendóse a Dios. Se levantó con esfuerzo y allá fué.

Una tristeza infinita y cósmica envolvía su ser entero. La sacristía y la antesacristía, en la penumbra, le recibieron con los brazos abiertos de su ambiente fresco e íntimo. Afuera, se adivinaba un calor espeso, precursor de tormenta. Para Eudosio, la sacristía, la antesacristía y el mundo entero estaban en tinieblas. En el momento de entrar, sintióse solo, abandonado por todos los hombres. La idea de morir en semejante agonía le causó tremenda aflic-

ción. Nunca comprendió mejor que entonces la tristeza de Jesús en el Huerto de Gethsemaní.

Había quedado un instante en pie, distraído. Luego su enorme humanidad se dirigió, un poco tambaleante, a un reclinatorio, como empujada por una fuerza externa. Y allí cayó sobre la silla vecina.

XVII

—No se imagina, Padre, cómo me ha hecho sufrir este pecado. He sido un vil. Usted sabe cómo quise a mi novia y con qué excelentes intenciones me casé. Estaba resuelto a ser el mejor de los maridos. De sólo imaginarme en una infidelidad me enrojecía, no sé si de aflicción o de indignación. Y sin embargo...

Estas palabras, jadeantes de dolor, habían ido a caer de rodillas ante el corazón de Eudosio.

—Vamos, hijo. Cálmate.

En la playa cordial que el sacerdote le ofrecía, el inquieto oleaje se apaciguó. Y una historia vulgar y triste, aunque ennoblecida por

el arrepentimiento y el dolor, pasó ante los ojos del confesor.

Luna de miel en Río de Janeiro. A los veinte días, el muchacho advierte una sirvienta nueva a cargo de sus piezas. No era bonita. Su mujer valía mil veces más. Pero la sensualidad que desbordaba de su persona, una sensualidad gruesa y baja, le perturbó. Ella le tentó con sus miradas que besaban y con su andar muelle y excitante. Al siguiente día de conocer a la criada, el muchacho, mientras su mujer escribía postales en el vestíbulo, la llamó. Parados los dos en el umbral de la pieza, ella le sonrió con tropical voluptuosidad. Al par que le ordenaba cualquier cosa, él le tomó un dedo en una distracción de su conciencia. ¿Dónde estaba su alma cuando hizo eso? Ella contestó al avance con sonrisas picarescas y miradas oblícuas.

—Se fué, y entonces advertí la ignominia de mi acción. Todo mi ideal se había deshecho. La imagen que me hiciera de mí, había sido borrada por la suciedad. Una agitación me sacudía. Imaginaba los modos de huir de esa

mujer. Resolví embarcarme al otro día. Pero al mismo tiempo me enloquecía por verla. Una lucha trágica se realizaba en mi alma. Todo mi ser quería el pecado, y a la vez me horrorizaba de imaginarme cometiéndolo. Recé apresuradamente, hice promesas. Me sentía fuera de mí, en una especie de inconsciencia, incapaz de raciocinar ni de ver claro. La obsesión de la muchacha atraía mi organismo físico y moral. El instinto me empujó a un corredor del hotel donde podía encontrarla. Allí estuve un momento paseándome, en una lamentable agitación nerviosa. Me latía rápidamente el corazón. Mis manos y mi cara traspiraban. Me temblaban las piernas. La ví venir... Me acerqué y la besé y la apreté contra mí. Y me aparté y huí de pronto, sin explicar nada, enfermo, desesperado. Mi mujer me aguardaba en nuestra pieza. No sé de dónde saqué fuerzas para tartamudear: "Nos vamos mañana a Buenos Aires". Protestó. No tenía nada arreglado, y esa tarde esperábamos visitas. Se puso a hablar y a hablar: una suerte para mí, pues no hubiera podido pronunciar palabra. Feliz-

mente oscurecía y ella no me veía la cara con claridad. Y antes que encendiera la luz, me largué a la calle, a caminar leguas, a cansarme, a buscar olvido. Las calles del centro, tan animadas siempre, no me aliviaron de mi angustia. Tampoco el espectáculo de la bahía. Yo caminaba sin ver nada, sin oír nada a mi alrededor. A veces me detenía, ya obligado por un pensamiento de salvación, que exigía un minuto de calma para ser desarrollado; ya por una sucia imagen. Hablaba conmigo mismo, en voz alta. Gentes que pasaban a mi lado se plantaban, mirándome asombradas. Yo creía que se me viese en la cara mi perturbación, que mi mujer la notaría. Y anduve kilómetros, temiendo al regreso.

Eudosio sufría. Su sensibilidad experimentaba, aunque en menor grado, la misma aflicción que su penitente. Y su carácter de confesor le obligaba a luchar contra su sentimiento. Su penitente no hubiera imaginado nunca semejante drama en el alma del Padre Solanas. Por una parte, su sentimentalidad tendía a vivir el tormento del pecador, a salir de sí

mismo, a desaparecer en el alma que se confesaba. Por otra, su conciencia decíale que él debía ser un simple espectador para poder juzgar. En algún instante, se sumergía en el relato y en la conciencia ajenos, y debía hacer un esfuerzo de voluntad para salir, para recuperar su personalidad. Pero él no revivía el pecado, sino el remordimiento. Se incorporaba a la conciencia del pecador, apenas cometida la falta.

—Emprendí el regreso. Caminé rezando el rosario, haciendo promesas a la Virgen si me salvaba. Pedí al Señor un ataque, un accidente que me hiciera romper una pierna. Y así llegué frente al hotel. Me creía salvado, aunque deseaba más violentamente que nunca a la sirvienta. Levanté los ojos y la ví en un balcón del segundo piso. Repentinamente desaparecieron las oraciones, las promesas, los remordimientos, el amor a mi mujer, mis propósitos de fidelidad; y sólo tuve ante mí una mujer, a la que anhelaba hacer mía. Satán debió agarrar mi mano. Me señalé a mí mismo y luego a ella. Un gesto de respuesta, indicándome una

puerta trasera del edificio, me precipitó allí. Temblaba entero. Mi conciencia de hombre honrado, de buen marido, de católico, forcejeó un instante por reaparecer. Pero algo me empujaba hacia arriba y me hacía subir de a dos o tres escalones. En un corredor, la mujer me esperaba. Yo apenas podía dar un paso. Entré en un dormitorio. Pero no estuve allí ni un minuto. Tal vez mis oraciones atenuaron mi culpa. Los nervios me impidieron realizar mis deseos, y huí. Bajé las escaleras en una agitación enorme y en la calle traté de dominarme. Mi mujercita arreglaba el baúl. "Cansado... voy a bañarme..." le dije y desaparecí. Me había bañado por la mañana, como siempre. Pero yo quería que ella no viese mis amagos de llanto, ni las huellas de mi dolor; y para eso necesitaba encerrarme, aislarme. Dos horas lloré, Padre. En mi vida sufriré tanto. Entonces comprendí la miseria del hombre, mi miseria. Temo no poder querer como antes a mi mujercita. Tengo asco de mí mismo. La vida me parece de una tristeza espantosa. Ella me encuentra preocupado. El viaje

fué un martirio para mí. Ayer hemos llegado y aquí estoy pidiendo perdón a Dios.

Eudosio había vivido un instante el drama ajeno. Pero las circunstancias de la caída le arrancaron bruscamente de allí. Aquel relato le pareció un argumento invencible para probar la intervención de Satán. Desdoblamiento, dirían los pedantes. Acción demoníaca, afirmaba él. Sólo por obra del Malo explicábase valederamente la caída de aquel buen católico.

Distraído, el Padre Solanas no fué el confesor de otras veces. De sus labios sólo salieron lugares comunes, consejos triviales. "Al Demonio se le vence por la oración y por el Amor". O bien: "Ámala a tu esposa y vencerás. Satán no puede luchar contra el Amor, porque el Amor viene de Dios".

Pensaba en él mismo. Le había invadido un espeso terror de ser vencido él también por Satanás. ¿No lo fué una vez...? Su confianza en la oración temblequeaba. Y de pronto, como si fuese aclarando en medio de una niebla, empezó a ver su pecado.

—¡Señor, no me abandones!—gimió.

Ahora iba a temer a todas las confesiones que viniesen. Parecíale que sus murallas de defensa se habían venido abajo.

Junto a él, su penitente, llorando lágrimas silenciosas, esperaba la absolución.

XVIII

Al levantarse el adúltero, Eudosio quedó solo un instante. Su clamor debió haber sido escuchado: el miedo a la tentación desapareció. Entonces se reconcentró un momento. La mano derecha sobre los ojos fué un biombo para ocultar sus pensamientos a las miradas de los penitentes que aguardaban.

Ahora, una ternura inmensa hacia todos los desgraciados pecadores invadía su alma. Este sentimiento le confortó y acompañó: pareció-le que no estaba tan solo en el mundo. En la confesión había a veces un cambio de sentimientos. El penitente le daba al sacerdote su confidencia y su dolor; y el sacerdote al peni-

tente su caridad. Dolor y misericordia unían momentáneamente a los dos seres humanos. Y quizás este acercamiento no fuese siempre pasajero: no era raro que el sacerdote conservara en el fondo del alma el dolor, el arrepentimiento o la tristeza ajenas; y el penitente guardaba a veces, como un tesoro, las palabras del confesor que le aconsejaron o le confortaron. Pero el hombre que se arrodillaba no podía sospechar siquiera la emoción del sacerdote, su misericordia y su solidaridad con su pena. El Padre Solanas, sin embargo, creía que algo de esto adivinaba el penitente, por intervención de la subconciencia. Deseaba él que así fuese, para que existiera una corriente entre las almas, una comunicación, aunque secreta y sólo conocida por Dios.

Aquella tarde en que tan hondas inquietudes socavaban su vida, el Padre Solanas recordó rápidamente, en síntesis de relámpago, estos pensamientos consoladores. Ahora lucharía mejor contra el Demonio: muchas almas, centenares de almas, estaban a su lado.

Una voz agria llegó a sus oídos. Para el con-

fesor no había grados de simpatía; pero aquel penitente era repulsivo. Una mueca de amargura se torcía en sus labios. Su rostro, sin afeitar, tenía una expresión oblícua. Su mirada se esquivó al sentir los ojos del confesor. Eudosio pidió a Dios que le diese un poco de amor hacia semejante alma.

El sujeto hablaba. Frases sobrias y bien construídas. Hurgaba en sí mismo rincones de sinceridad y los mostraba al confesor. Por momentos buscaba humillarse ante el representante de Dios; pero en seguida soltaba escupitajos de amargura. Acusábase de perversidades: calumnias, difamaciones, anónimos. No parecía enteramente arrepentido. Se encontraba excusas. Acumulaba improperios sobre las vidas ajenas.

El sacerdote se preguntaba el motivo de aquella confesión. ¿Acaso la Gracia se insinuaba en aquella alma negra? ¿O buscaba aquel hombre el consuelo de la religión, como una medicina para su espíritu enfermo?

—Hijo, dígame toda la verdad. Hable con entera confianza. Cuénteme su vida.

El sujeto se retorcía como por un dolor físico. Su repentino silencio huraño desconcertó al sacerdote. Intentó levantarse, y cayó otra vez de rodillas.

—Usted no me va a creer, pero yo odio a la humanidad.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible?

—Soy un fracasado. Abogado, no pude nunca ejercer. Tengo un carácter antipático y nadie quería ser mi cliente. Entré en el periodismo. Hice *chantage*, difamando; y no tanto por dinero como por maldad. Estoy enfermo de mi propio veneno. Nadie me soporta. Odio a todos y me odio a mí más que a los demás. Me ha faltado valor para encajarme un tiro. Detesto la vida. Me irrita que otros tengan novias o amantes o esposas. Nunca me ha querido una mujer. Cada vez que he podido, he destruído un amor naciente. Me valía de anónimos, en los que atribuía a la gente vicios o enfermedades contagiosas y repugnantes. Me confieso en busca de paz, aunque detesto a la Iglesia. No merezco ser absuelto, sino pataleado y cubierto de gargajos. He sido educado

por una madre cristiana y me he confesado y he comulgado cuando chico. Son los únicos recuerdos agradables de mi vida maldita. Me confieso también porque estoy enfermo. Me sospecho atacado de parálisis general. Y me horroriza el morir. Y para mi desgracia creo en Dios y en el Infierno. He maldecido cien veces a mi madre por haberme dado la vida.

—Yo rogaré por tí, hijo mío, y con toda mi alma. Tal vez esta decisión de confesarte sea una manifestación de la Gracia. Vas a conocer la felicidad, la verdadera y la única. Tendrás la paz que pides. Quién sabe si Dios no ha querido probarte.

—He odiado a Dios. Lo he maldecido. He insultado a Cristo. En los diarios he escupido cosas horribles contra Dios.

El confesor mordía una aflicción incontenible. Nunca se le había presentado un caso tan doloroso. Aquel hombre era más merecedor de lástima que los que matan, que los que roban, y que los obsesionados por el placer carnal. Hubiera querido darle una parte de aquel amor por todos los humanos que momen-

tos antes él sintiera. Se hubiera arrancado el corazón, de ser posible, y traspasádoselo a aquel desdichado.

Y así lo intentó, en un sentido espiritual. Habló del Amor, que procedía de Dios. Eligió algunas frases de Jesús y, como espléndidas limosnas, las puso en las manos del penitente. Ungió aquella alma desesperada con el aceite de la caridad. Y la paz se fué derramando poco a poco, humedeciendo las áridas arenas de aquel pequeño desierto espiritual.

La mueca en los labios del hombre se desarrugó. Pero en seguida salió de la boca un haz de viboreznos:

—Odio a la vida... Temo a la locura, a la idiotez. La parálisis general... Voy a ser una bestia repugnante...

—La mayor locura humana — retó el sacerdote — es querer poner límites a la Divina Omnipotencia.

Y con vigor repentino, violentamente, agarró al sujeto del brazo y le miró a los ojos. Llamas de Caridad ardían en la mirada del confesor. El hombre agachó la cabeza, huyen-

do del alud de misericordias. Y por fin la inclinó sobre el hombro del Padre. Y entonces el sacerdote recibió allí el premio de su apostolado: una magnífica moneda líquida que Dios le enviaba desde los ojos de la pobre alma salvada.

XIX

Un hombre como de cincuenta años reemplazó al desesperado. Hilos blancos araban largamente su cabeza. Todo en él evidenciaba el buen nacimiento y la alta posición. Aires de personaje solemnizaban un tanto su persona.

Se acusó de varios pecados, algunos veniales. Demorábase en ellos, como temeroso de un abismo sobre el que debiese saltar. Solanas adivinó que algo para él más grave se le atracaba en la garganta. Por fin, ocultando con la mano la rojez de su rostro, se preparó al salto que le avergonzaba y humillaba.

—El mundo me respeta. Soy millonario y vivo en un palacio. Tengo hijos y nietos. Se

me considera un hombre austero. Y sin embargo...

Su voz se contrajo en un silencio doloroso. El confesor le tendió las manos para ayudarle a saltar sobre el abismo. El alma humillada se apoyó en ellas y pasó.

—No soy hipócrita. He ocultado mi vicio, y nada más. Todos me respetan, menos mis cómplices y mi mujer. Ella conoce mi triste miseria. Después de los primeros tres o cuatro años de matrimonio, yo dejé de ser prácticamente su marido. Es horrible decirlo, Padre: yo no siento a la mujer. Yo no soy casi un hombre.

El sacerdote callaba, avergonzado él también. Como hombre, él sentíase rebajado por aquella miseria.

—Desde niño tuve esta mala inclinación. Mis padres, por desgracia, no me dieron una buena educación moral y religiosa. Conocí el vicio siendo un muchacho. Me defendí cuanto pude, pero inhábilmente. Al cabo, comprendí que yo no tenía sino una defensa: la Religión. Me casé, ansiando salvarme. Pero mi

mujer tampoco era creyente. Y el ambiente que me rodeaba era todo paganismo, indiferencia hacia lo espiritual. Y volví a sucumbir. De tarde en tarde, una caída demasiado honda, algún buen libro, un despertar de la dignidad humana, me hacían pensar en Dios. Y así pasaron los años. Ahora mis abominaciones han llegado al colmo. Usted no sabe, Padre, cómo me desprecio. ¡Y qué cosa tan triste es despreciarse!

El confesor le interrumpió:

—Todos los que tienen perfecta conciencia de la pequeñez humana se desprecian. Así los santos, aunque por pecadillos que ellos consideran grandes culpas. Los santos sienten, ven y palpan la belleza de Dios, y, por esto, el menor pecado es para ellos una espantosa abominación. En su desprecio de sí mismo puede tener usted una esperanza.

—Pero me desprecio tanto, que no vivo en paz conmigo mismo. He llegado a la desesperación, y hasta temo al suicidio. Y mis vicios me han conducido a los mayores rebajamientos. Mi mujer me ha sido infiel, y yo no he

podido reprochárselo. He tenido que tolerarle sus amantes. Sólo pude rogarle que, por nuestros hijos, ocultara sus faltas. Irritada, me arrojó una palabra abominable, la peor que se le puede decir a un hombre. ¡Y la merecía, Dios mío!

La voz se deshilachó en frases estremecidas, delgadas, vacilantes. Ahora el hombre refería el derrumbe de su hogar, consecuencia de sus vicios. Los hijos eran calaveras, morfinómanos. El hombre había pedido a Dios la muerte, para acabar con su miseria.

—No voy a justificarme, Padre, pero este pecado sólo me trae desagrado y sufrimiento. No me empuja el ansia de placer, sino una fatalidad incomprensible... Tal vez herencias... Si tuviera valor, habría visto a un médico. No he sido capaz. Y así he arrastrado mi triste miseria. La sociedad nada sabe. ¡Soy un hombre respetable! Hasta ayer no he tenido más defensa que el miedo al descrédito, al *chantage* y a que se enteren mis hijos. Pero ahora sólo confío en Dios y en usted, Padre. Sálveme...

Eudosio apenas compadecía a este hombre. Y

se lo dijo, con brutal franqueza. Malas inclinaciones — a un pecado o a otro — las tenían todos los humanos. Pero había un abismo, tratándose de ciertos pecados, entre la inclinación y la práctica vil.

—Hay pecados monstruosos pero que no significan la pérdida de la dignidad humana. Usted ha rebajado la nobleza del hombre...

—¡Lo sé, Padre! ¡Piedad!

El confesor fué implacable. Toda su bondad se trasmutó en ira, en santa ira por la ofensa hecha al Hombre, obra de Dios, en cuyo barro quiso Él encarnarse para venir a salvarnos.

Estas palabras terminaron de aplastar al desgraciado. Su humillación le encorvaba, en busca de la tierra. El confesor le impuso el rosario cotidiano, y le aconsejó — con autoridad de orden — la comunión semanal.

—Váyase, hermano.

El hombre no se movió, como sin fuerzas para levantarse. Eudosio henchió de ternura su voz para repetirle su orden. Lo miró. El aire de personaje había desaparecido en abso-

luto. Con las manos unidas, miraba al Crucifijo y rezaba. El sacerdote le tocó el brazo. Y el hombre se levantó.

El sacerdote pidió a Dios que le hiciera olvidarse de ese pecador. Porque después de su miseria, nada podría parecerle grave. Pero el olvido venía casi siempre por sí mismo, naturalmente, sin un ruego especial del confesor. Dijérase que Dios provocaba en cada caso una amnesia parcial y milagrosa. Al Padre Solanas ocurríale encontrarse con alguno de sus penitentes y no recordar, en absoluto, ninguno de los pecados de que se acusara unos días antes. Sólo así era posible vivir para un confesor y seguir creyendo en la humanidad. Sólo así era posible, después de haber escuchado al mayor de los delincuentes, encontrar grave un pecado de amor.

XX

La necesidad de ser implacable, y aun brutal, para salvar una alma — dolorosa cirujía espiritual — había dejado en el Padre Solanas una ilevantable tristeza. Aquel hombre le imaginó tal vez un sacerdote sin compasión. Y, sin embargo, fué una voz de verdadera caridad la que le dictó su actitud para con el desgraciado. Era penoso para Solanas que sus penitentes no le comprendieran, precisamente por su obra de caridad: el renunciamiento a toda comprensión, y cuando más la necesitaba de todos, en beneficio de las almas extraviadas. ¡Bello y triste ministerio el del sacerdote! Nada más alto existía que el ser representante de

Dios, pero esta representación sublime alejaba de los hombres, y cuando era mayor la proximidad con ellos.

Ahora se confesaba un muchacho. A poca distancia, un grupito esperaba turno. El sacristán aguardaba también, escudriñando a los hombres con fastidio. En el claro que dejó el muchacho, el sacristán se introdujo.

—Que lo esperan, hombre. Hay muchas mujeres rodeando el confesonario. Me van a comer vivo, si el señor Cura no va pronto. Despache a estos sin confesarlos y...

El brazo derecho de Solanas, con la mano abierta, obstaculizaba, enérgica y conminatoria, la charla inoportuna. El sacristán dió media vuelta y se alejó refunfuñando.

Y empezó un nuevo desfile de pecadores. El grupito se acreció con varios que llegaron de afuera y con algunos que abandonaron su turno ante otros Padres.

Fué el desfile de siempre. El mismo de todos los años. El mismo de hacía diez, cincuenta o trescientos años. Hombres maduros, jóvenes, adolescentes, viejos, solteros, casados, estaban

allí representadas todas las edades y todas las situaciones de la vida. El desfile eterno. Casi todos aquellos hombres de distintas clases sociales y temperamentos, tenían una misma obsesión: la mujer. Era el drama de siempre, la misma miseria cotidiana.

Estos hombres tenían también otros pecados. En su mayoría eran buenos creyentes. Algunos apenas practicaban la religión, reduciéndola a la misa dominical, oída con indiferencia. Y unos y otros, casi todos, salvo el único entre diez mil, eran esclavos de la carne. La mujer, real o imaginada, amante o pobre cosa de burdel, les obsesionaba, limitaba o entorpecía sus actividades útiles, vulgarizaba sus sentimientos, empobrecíales el espíritu. Obsesión maniática, llenaba todo el día y metíase entre los minutos de trabajo y aun entre los pliegues de la oración rutinaria. No había un momento en la vida del hombre, por puro que fuese, excepto tratándose de los santos, en donde no pudiera infiltrarse la persistente obsesión. Planes de conquistas, recuerdos de citas, evocaciones de dulzuras idas o bajezas de cualquiera

laya, imaginaciones sensuales sin correspondencia con la realidad, todo esto formaba la vida cotidiana del hombre medio. Y todas sus potencias, el instinto, la memoria, la voluntad, la imaginación, contribuían a mantener y exaltar la preocupación sexual.

¡Pobre humanidad! Eudosio compadecía a los hijos de la Bestia. El mundo, por malicioso que fuese, ignoraba hasta qué abismos de bajeza descendía el hombre atormentado por la carne. Sólo el sacerdote y, en parte, el médico, lo sabían. Cuando esos hombres pasaban por el confesonario, el Padre Solanas veía una charca infecta y, revolcándose en ella, la piara humana.

Esclavos de sus vicios. Por las mujeres cometían deslealtades y crímenes. Por ellas robaban, faltaban a sus deberes, se perdían para la sociedad. Por ellas se hundían en el fracaso muchas inteligencias excelentes. Y por ellas muchos nobles corazones buscaban los olvidos viciosos.

¡La mujer! Para Eudosio era aliado de Satán. Pocas verdaderamente cristianas. El cris-

tianismo no había penetrado hasta la esencia del alma femenina. La mujer carecía de pudor. Su afición a la desnudez evidenciaba su paganismo. Toda libertad la empleaban para el pecado carnal. Tentaban impúdicamente a los hombres cuando pretendían una ventaja. Incitaban a gobernantes y empleados a violar las leyes en provecho de ellas. Si necesitaban dinero lo exigían, aunque fuese robado. No les importaba que sus amantes se arruinasen o fuesen a la cárcel. A las más depravadas les complacía saberse objeto de pasiones que conducían al deshonor o a la miseria.

Doloroso desfile. Uno de aquellos hombres había recurrido varias veces al crímen para evitar la tragedia de su amante y su propia situación incómoda. Otro dejó en la pobreza a sus hijos por mantener con lujo a una aprovechadora; y tras la pobreza vinieron las enfermedades y la muerte. Un jovencito había robado a su padre para pagar a una bataclana. Un hombre de cuarenta años había abandondo a su mujer y a sus hijos para irse con una loca. Un viejo deshonraba sus canas en

las degradaciones del prostíbulo. Y así todos, en análoga sumisión al instinto y al sexo.

El Padre Solanas veía la humanidad entera, desfilando a sus pies en caravanas innumerables. Rondas de nauseabundos demonios las escoltaban. Con ellos iban todos los pecados del sexo, y los hombres caían y se levantaban en medio del gran camino pantanoso. Él los veía deprimidos, humillados, enfermos. Millones de estos hijos de la libídine habían adquirido la sífilis. Unos marchaban a tientas, ciegos. Otros babeaban, idiotas. Otros eran arrastrados, en sus sillas de paralíticos. Otros se enloquecían paulatinamente. Y a pesar de estos horrores que se trasmitían a los hijos, allá iban los hombres detrás del pecado sucio, desesperados de placer sensual, ansiosos de aplacar el martirio de su sexo.

¿Y él? ¡Ah, su vida era una lucha espantable contra el deseo! Hombre como cualquier otro, vivía asaltado por la tentación. No se trataba de su viejo pecado, al que llegara a olvidar. Tampoco le causaba un mal excesivo el oír las confesiones. Era una inquietud vaga, un

desasosiego atormentador. Trozos de malos pensamientos relampagueaban en su imaginación: el recuerdo de una voz femenina, o del pecado de algún penitente. Pero a estos pensamientos él sabía cómo echarlos de su morada interior. Lo terrible era la lucha contra el enemigo invisible, contra el deseo que se desparramaba por todo el cuerpo, que se metía en el alma. Este enemigo venía desde lo hondo de su ser, desde el informe instinto. Cuando este vago deseo salía de la oscuridad en que habitualmente dormitaba, él sentía disminuir su inteligencia y agrandarse su animalidad. Comprendía la transformación del hombre en una bestia. Miraba con horror el crecer de su deseo, y en él, en su caso particular, sólo había un remedio: azotarse. Los dolores espiritualizaban su cuerpo, lo libertaban del deseo invasor.

Nadie sospechaba, nadie podría sospechar siquiera la tragedia interior del sacerdote, en su épica lucha contra sí mismo. Eudosio reíase de los novelistas que imaginaban analizar grandes inquietudes y tormentos morales cuando po-

nían una pasión humana frente al deber. Problemas insignificantes, junto al del sacerdote. En el consagrado por el Sacramento del Orden, la magnitud del conflicto se medía por la diferencia entre lo que él representaba y su condición humana. El drama del sacerdote que luchaba contra su inquietud sexual, sucumbiese o no sucumbiese, cobraba proporciones gigantescas. ¡Caer un representante de Dios, faltar al voto de castidad solemnemente jurado, ponerse en situación de desprestigiar por su pecado al sacerdocio y a la Iglesia de Cristo! Por un lado, el sacerdote era un ser excepcional, que participaba de lo divino; por otro lado, un hombre como todos, sujeto a todas, absolutamente a todas las necesidades y miserias de los hombres. Si el sacerdote vencía, era a costa de los mayores tormentos imaginables. Y si caía, su tristeza y su dolor no podía sospecharlos ningún otro hombre. Eudosio pensaba que el drama sexual del sacerdote no se había escrito ni jamás se escribiría. Los laicos no alcanzaban toda su grandeza trágica. Y los sacerdotes, aun los que

abandonaron sus hábitos, los renegados, no se atrevían a remover un drama tan doloroso, recordándolo y analizándolo. En la caravana de la humanidad sufriente, los sacerdotes iban en las filas avanzadas.

XXI

Un hombre se iba acercando al confesor. Recorría con lentitud exagerada los pocos metros de distancia hasta el reclinatorio. El Padre Solanas imaginó que el hombre habría llegado de la calle en ese instante y que las sombras de la sacristía maneaban sus piernas y vendaban sus ojos. El hombre se arrodilló. Miró con desconfianza hacia todos lados, se persignó torpemente y esperó.

Eudosio sabía que el silencio del que se arrodilla significaba: o timidez, o muy grandes pecados, o largos años sin practicar la confesión, o reserva u orgullo. No le gustaba preguntar. Parecíale que eso era como tironearle

a otro de la cartera para sacarle el dinero. Adivinó en este penitente una mezcla de reserva y de orgullo, y pensó que le daría trabajo.

Y así fué. Eudosio interrogaba y el hombre clavaba un sí o un no al final de la frase del sacerdote. A veces, ni contestaba. Algunas preguntas le arrugaron el ceño. Hubo que arrancarle de adentro palabra por palabra. Jamás una confesión estuvo mejor embotellada. Pero el corcho del orgullo y la reserva fué roto, a pedacitos, y toda la inmundicia encerrada salió. De pronto, el hombre se puso a hablar. Fué como quien, ante un asaltante persistente, se despoja de todo su dinero para salvar la vida. Aquí había que salvar el alma ante el tremendo asalto de Dios.

Era un juez prevaricador. Cobraba por las sentencias favorables y por las desfavorables. Era abogado a ocultas de los pleitos que fallaba. Pedía comisión por los nombramientos judiciales. Su justicia era una trampa de cazar conejos. En cada pleito que juzgaba, las influencias políticas, los ofrecimientos de dinero, las seducciones femeninas entretejían

una danza de libélulas en torno al prevaricador.

—Su pecado es muy grande, uno de los más grandes que existen — exclamó el confesor, con exaltación.—Usted ha prostituído la Justicia, y la Justicia viene de Dios. Él es la Suprema Justicia, la Justicia Absoluta, y la de aquí abajo es una representación de la Justicia Divina. Venderla, alquilarla, como ha hecho usted, es ofender a la esencia misma de la Divinidad.

El Padre Solanas quedó callado un instante, cabeceando de arriba a abajo y arrojando por la boca sonidos inarticulados. Estos sonidos eran esbozos de exclamaciones, pedazos de palabras machacadas por sus mandíbulas antes de salir, jeroglíficos de pensamientos a los que la Caridad impedía nacer.

Porque él odiaba este pecado y sus análogos. Aquí no había la excusa de la debilidad humana. Los pecados carnales, por graves y tristes que fuesen, tenían explicación: el hombre los llevaba dentro de sí, como el domador a los leones en una jaula y era fácil que alguna

de las bestias se escapase. Pero el pecado de este penitente, realizado en frío, apenas merecía perdón. El pecador carnal era muchas veces un desgraciado, que quizá tuviera un buen fondo moral. La prevaricación, agravada por la contumacia de largos años, suponía una naturaleza profundamente corrompida. Y la posición social del penitente aumentaba, todavía más, la fealdad del pecado.

—¿No advertía usted que con su pecado contribuía a desquiciar la sociedad? Hay faltas gravísimas, hasta crímenes, que sólo manchan a su autor. La sociedad no se corrompe ni se desordena por el crimen de un obrero que ha asesinado a otro. Pero se degrada si los jueces venden la Justicia.

¿Y todo para qué, Señor? ¡Por tener un poco más de dinero! ¡Ah, el dinero! Eudosio lo veía como una invención de Satanás. No había cosa en el mundo que tuviese mayor flúido demoníaco. Por esto los judíos y los protestantes amaban tanto al dinero. Estando entre ellos el Demonio, debía también reinar entre ellos el Dinero. Eudosio odiaba el di-

nero. Desde su observatorio sublime veía pasar los bienes y los males producidos por el Dinero. Los bienes, cortejo raquítico. Los males, esplendorosa muchedumbre.

Ya el penitente había abierto la cartera de su alma y entregado al confesor todos sus secretos. Faltaba ahora la parte más difícil de la confesión.

—¿Cuánto habrá obtenido usted indebidamente?

—¡Oh, Padre! Es imposible calcular. Cientos de miles. Tal vez un millón de pesos. Tal vez dos...

—¿Y qué fortuna tiene usted?

—No tengo fortuna, Padre. Vivo al día. El dinero que gané ilegítimamente lo gasté con mi mujer y con mis hijos. Con ese dinero mantuve mi casa y satisfice mi vanidad.

El Padre Solanas quedó pensando. En seguida quiso saber si algunas personas se empobrecieron por las malas artes del juez. El hombre meditó, quiso hablar, vaciló. Eudosio pegó un manotón hacia aquel secreto. Y la verdad salió.

—Bien. Ahora usted tiene que devolver a esas personas los bienes que perdieron por su culpa.

—¿Devolver?

Los ojos del hombre, untados de miedo y de súplica, envolvían al Padre Solanas.

—Devolver—contestó el sacerdote, implacable.

—Pero, piense, Padre... Yo tendría que ir a decir que he prevaricado. Mis faltas se harían públicas... El nombre de mis hijos... Y después... para devolver esos dineros tendría que abandonar la casa en que vivimos y meterme en un departamento modesto. ¿Usted no se dá cuenta, Padre, de que esto es imposible?

—Devuelva lo que pueda. Hágalo anónimamente. Yo puedo encargarme de ello.

Las espuelas de estas palabras se hincaban en la sensibilidad del penitente. El hombre hizo rápidos cálculos, pesó y midió. En un momento pareció que se rendía.

—En una próxima confesión, le contestaré —dijo.—Déme la absolución, y...

—No.

—Está bien.

Eudosio sintió el amago de un vahido al ver levantarse a aquel hombre y alejarse sin su absolución. No había dolor más grande para él. Raras veces le ocurría. ¿Por qué aquel Miércoles Santo se aglomeraban en su vida todas las torturas? Un penitente sin absolución era una alma abandonada, condenada. Cuando esto le sucedía, considerábase un incapaz, un mal confesor, que no había sabido llevar al pecador por el camino de Dios.

Durante un largo rato, permaneció con la mano en el rostro, pidiendo perdón al Señor. A su lado, un viejo esperaba, con asombro. Eudosio lloraba, pero no hacia fuera. Dentro de lo hondo de su alma acongojada caían lágrimas de sangre. En un momento se levantó para buscar al pecador. Corrió a la iglesia. Miró hacia todas partes con angustia. Y volvió al reclinatorio. Su alma era una llaga viva.

XXII

Un hombre acababa de arrodillarse en el reclinatorio. Eudosio miró al grupito de los que aguardaban y sintió un frío de pánico: entre esos hombres estaba el de la mañana. En un segundo encontró la explicación: su fracaso con el penitente anterior regocijaba a Satán y allí había ido para demostrárselo. Contraído por el terror, parecía querer esconderse el pobre Padre Solanas. Hasta que al fin se atrevió a mirar: el sujeto no estaba allí. ¿Se habría marchado? ¿Sería error de sus ojos el haber visto la cara afilada del Malo? Con estas preocupaciones angustiosas debió atender al nuevo penitente.

El Padre Solanas lo conocía. Habíale confesado varias veces. Era un hombre de expresión bondadosa y un poco triste, tímido, sensible, imaginativo. Tenía mujer e hijos, y a todos los quería con pegajosa ternura. Se confesaba dos o tres veces por año. Sus pecados eran siempre los mismos: todos contra el sexto mandamiento. Este hombre que amaba de veras a su mujer y a sus hijos buscaba un poco de expansión en las casas de citas. Cada tantos días, encerrábase con una desconocida durante una hora. En realidad no era triste. Había en él un fondo de alegría, pero estaba enturbiado por una preocupación que envenenaba sus horas más felices. Este hombre amaba la vida enormemente, absurdamente; y por este motivo temía a la Muerte con incalificable horror. No sólo venía a confesarse, sino también a pedir consejos al confesor, a buscar un consuelo en su palabra ardiente y en su fe.

—Cada día me siento más desgraciado ante la idea de morir. Cada día que pasa veo más cerca la Muerte. Para mí no hay alegría verdadera, porque en pleno contento se me apa-

recen las más tristes imágenes. Unas veces, yo agonizo rodeado de mi mujer y mis hijitos; otras veces me llevan al cementerio; otras, muero repentinamente. A media noche me despierto, en ocasiones, sobresaltado. Y me basta imaginar la última despedida, o que no veré más a mis queridos para sufrir un rato en silencio. Tengo que hacer grandes esfuerzos para que mi mujer nada note. La idea de la muerte repentina me enferma. Me desespera pensar que puedo irme de este mundo sin el beso y las ternuras de los míos. Y hay algo todavía peor, y es la idea de que pudiera no haber nada después de esta vida. No sé qué me aflije más: si este pensamiento o el temor al infierno. El verme condenado por toda la eternidad, por los siglos de los siglos, me horroriza. Pero más tal vez me horroriza pensar que pueda no haber infierno, ni cielo, ni otra vida. Esto me produce un enorme desasosiego físico. Me ahogo, me desespero. Quiero rezar y no me es posible hacerlo. En esos momentos, lo único que me consuela es sentir el cariño de mi mujer. Me parece que el amor

es lo único que me defiende contra el temor de morir y el horror de la nada. Pero el cariño a mi mujer y a mis hijos me lleva a la idea de la separación, no sólo de la separación por la muerte, sino de la separación en la otra vida: unos en el cielo, y tal vez yo en el infierno. Y esta idea me enloquece. Padezco por mis actuales pecados y más aún por los pasados. Siento que he perdido años de mi vida; que en vez de trabajar por mi salvación y poder estar reunido con los míos junto a Dios, he trabajado por mi desgracia irremediable y por la separación eterna.

El Padre Solanas conocía estos tormentos. No los experimentó en sí mismo, pero abundaban los penitentes que los padecían. Y eran tormentos secretos, que muy pocos revelaban a otros hombres. ¡Ah, los pobres hombres no querían morir! Muchos se casaban pensando en que la presencia de los hijos atenuaría la desesperación de partir, el espanto de la agonía. Se casaban para no morir enteramente, para seguir viviendo en los hijos, en la vida de los hijos, en el recuerdo de los hijos. Acaso

sentían que, teniendo descendencia, la muerte era justificada y necesaria: había que dar lugar a los hijos. Pero no teniéndolos, el lugar quedaba inocupado y así la muerte no se justificaba. Eudosio oía a su penitente, y recordaba otros casos como el suyo. Y miraba desfilar ante sus ojos la infinita caravana de los hombres, en marcha hacia la Muerte. La vida se le presentaba como un camino hacia el morir, o mejor: como un camino hacia Dios. ¡Arduo camino! Cada minuto o cada paso, un obstáculo. Algunos hombres, los santos, iban derechamente, sin escuchar el canto de las sirenas. La mayoría enorme de los hombres, millones de millones, seguían, engañados y equivocados, la ruta del Demonio.

El penitente reconocía el beneficio de la idea de la muerte. Cuando alguna vez tuvo un amago de disgusto con su mujer, bastó imaginarla moribunda o suponer los sufrimientos de ella por causa de la partida definitiva, para amarla con toda su alma y olvidar el disgusto. Y si adoraba a sus hijos era porque muchas veces los veía morir, o porque veíase mo-

rir él, rodeado por ellos. Y por esto él no odiaba a nadie. Si un hombre le era antipático bastábale imaginarlo morir para que el mal sentimiento desapareciera.

El penitente había callado. Eudosio, que viajaba en el avión de sus recuerdos, descendió bruscamente.

—Y entonces, si temes tanto a la muerte, al infierno y a la separación en la otra vida, ¿por qué pecas mortalmente?

—Es un misterio, para mí inexplicable. Algunas veces, a esos pensamientos suceden otros contrarios. Pensamientos sucios, con mujeres. En estas ocasiones siento como si desde el fondo de mi animalidad surgiese un deseo enorme. Y un deseo bajo, sin nada de espiritual, hecho de porquerías. Lo siento distribuirse por mi cuerpo y luego localizarse, como un impulso oscuro. Y lo más triste es que eso me resulta una defensa contra la idea de morir. Esas inmundicias me hacen olvidar la muerte. ¿Por qué el horror de morir provoca en mí sentimientos o sensaciones tan opuestos? Cuando medito en estas cosas me asombro, si es que no siento

repugnancia de mí, repugnancia de ser hombre.

Eudosio le aconsejó no alejar de sí aquella preocupación de la muerte. Sin la preocupación del morir no había religión profunda, ni amor, ni caridad. Los Santos pensaron siempre en la muerte. Pero llegaron a habituarse a su idea, a no temerla, a esperar serenamente y aun a amarla. ¿No era la muerte el camino por donde el ser humano podía alcanzar a Dios?

—Cuando estés a punto de pecar mortalmente, piensa en tu tránsito con la misma intensidad con que piensas de noche, cuando los terrores te acometen. Represéntate tu fin con todos los detalles posibles. Imagina a tus hijos llorando a tu lado... Y no caerás, hijo mío.

Dió otros consejos al penitente y lo absolvió. Y mientras el hombre se demoraba en rezar el *Señor mío Jesucristo,* Eudosio vió la marcha de la humanidad hacia la muerte, cautiva de sus pasiones. Todos temían el morir y el más allá, y todos vivían ofendiendo a Dios. ¿Acaso, subconcientemente, buscaban el ol-

vido? El pecado carnal hacía olvidar por un momento la preocupación del morir. Pero el mismo pecado arrastraba dolorosas imaginaciones detrás de sí. No era raro que esos pecados trajesen un embrutecimiento, una insensibilidad para lo espiritual. ¡Triste olvido! E inútil olvido, ineficaz para las horas que precedían al tránsito. "Oh, Señor, rogó el sacerdote. Dadles a los hombres, dadme a mí, la ciencia de prepararnos para la muerte, que no es sino la verdadera ciencia de la vida. Dadnos la alegría por el pensamiento de la muerte. Perfecciona la voluntad de mi penitente y el llegará a la virtud, si Tú, Señor, lo ayudas con Tu Gracia".

XXIII

El Padre Solanas se metió otra vez en el confesonario. Apenas cabía de gordo. No se sabía si el calor había dilatado su cuerpo, o si estaba más hinchado por la cantidad de vidas ajenas que acababa de tragarse. El confesonario se ahuecaba a ambos lados, pronto a captar, con sus dos manos espectantes, las confidencias de los pecadores. La cabeza del sacerdote se inclinó a la derecha. Y su oreja enorme recogió un zumbido irregular.

Pero ahora Eudosio se distraía. Los pecados revoloteaban negreando sobre su cabeza, sin que él pudiese atraparlos. Las penitentes, asombradas, repetían el caso y cargoseaban

en vano por un consejo. El confesor contestaba con vaguedades o se tapiaba en su preocupación. ¿Qué ocurría al Padre Solanas, tan hábil confesor siempre?

Al levantarse la primera penitente, Eudosio había oído un ruido de tren en marcha. Durante la segunda confesión, se arrastraron ruidos diversos. Solanas no sabía donde fuesen. Salió de su garita, recorrió la iglesia, se asomó a la calle. Absolutamente nada. Desde este momento su inquietud no se sosegó. Todo su ser se convirtió en oídos anhelantes. Los pecados runruneaban como mosquitos. Él los alejaba con cierto fastidio y buscaba otro ruido formidablemente mayor.

A la media hora de confesonario, Eudosio desfallecía. Apenas podía respirar. Las miserias humanas le enrarecían y ensuciaban el escaso aire envolvente.

De pronto, un estrépito se revolcó a dos pasos del confesonario.

—¿Qué es eso? ¿Ha oído usted?

La pecadora nada había oído. Y como el estrépito se repitiese, Eudosio se arrojó afuera.

Todo tranquilo. El sacristán apagaba las velas de un altar, ensombrerando las llamas con un embudito colocado en una caña. Devotos se encorvaban en los bancos, rezando.

Un temor extraño se metió en el espíritu del confesor. Tenía la certeza de que no eran alucinaciones. Aquello debía ser obra de Satanás. El Malo iba a tentarlo nuevamente, y pretendía primero acobardarlo. Rezó con estremecido fervor. Pidió ayuda al Señor y a la Virgen. Examinó las troneras de su alma, por las que pudiera colarse el murciélago satánico. Pensamientos de humildad, de castidad, de caridad, de amor a Dios cerraron todos los agujeros del espíritu, abiertos a la tentación.

Pero la penitente se quejaba:

—Padre, usted no me atiende. Yo quiero que me salve de caer. Estoy enredada en mis propios pensamientos y compromisos. Aconséjeme.

Este llamado martilló en el cerebro del sacerdote. Se acusó de egoísmo. Por ocuparse de sí, descuidaba su deber y su caridad. ¿Atacaría Satán por ese lado? Concentró todas sus potencias en lo que oía. Deseaba comprender,

pero no comprendía sino a medias. La mujer relataba la eterna historia: el marido que no la quería, que la abandonaba, y ella que se sentía muy sola en la vida y estaba sitiada por una tremenda tentación.

A esta mujer siguió una soltera. Refirió un noviazgo y pidió consejo. El muchacho era excelente, pero sus padres se oponían: lo consideraban de condición inferior a la de ella. Eudosio, que no había advertido la sustitución de la penitente, trabucó los casos. Aconsejó a la última no verse más con ese hombre.

—Pero Padre... ¿por qué? Si es bueno y nos queremos...

—Es un adulterio.

—Padre... si soy soltera y él también...

Solanas quedó consternado. Sentía la inteligencia espesa, como llena de telarañas. Intentó converger en la confesión todas sus facultades. Pero alguna se le escapaba. No lograba arrearlas a todas. La penitente le dijo:

—Perdóneme, Padre. A usted le pasa algo. No puedo seguir confesándome así. Con su permiso, Padre...

En este mismo instante, Eudosio oyó un aleteo dentro del confesonario. La oscuridad era absoluta y nada veía. Un ala rozó su frente, topó con su cabeza, se agitó sobre su brazo. No dudó de que fuese un murciélago, y tuvo la certeza de que el Demonio le atacaba. Puso en Dios su pensamiento y oró con fervor. Ahora sentíase más fuerte. Abrió la puerta. Era de noche, seguramente más de las siete y media. Una penumbra suave penetró en el confesonario. En la iglesia quedaban tres o cuatro devotos. Eudosio respiró con ansias. El aleteo había desaparecido.

—¡Señor, evítame las amarguras que aun me faltan!

Se asombró de oír su voz. Creía solamente haber pensado. Hubiera querido levantarse, tirarse en su lecho. No podía más. Su organismo estaba vencido.

—Padre Eudosio...

Se quedó extasiado. Nunca oyera una dulzura igual.

XXIV

La voz que hablara era la de una niñita de ocho a diez años.

—¿Cómo le va, Padre Eudosio?

—No recuerdo... ¿Quién eres, hijita?

—Usted no me conoce, Padre.

Nunca se había confesado con el Padre Solanas. Hasta hacía poco, vivió con sus papás en otro barrio. Ahora se habían mudado cerquita, y por esto iba a esa iglesia.

—¿Te confiesas desde hace mucho?

—¡Sí, muchísimo! Desde hace tres años. No se asombre, Padre. Tengo casi diez. Soy bastante vieja, aunque no represento.

—Bien: ¿qué pecados tienes?

La penitente empezó a enumerar sus culpas. Mencionó varias distracciones cuando rezaba, algunas mentiritas, tal cual desobediencia a la maestra. Y de pronto se detuvo.

—¡Ay! Me olvidaba de lo más grave... El Padre de la otra iglesia, cuando fuí a despedirme, me regaló un librito precioso. Allí está el modo de prepararse para la confesión. Hoy he leído esta parte, y me he quedado aterrada...

—¿Por qué?

—Y... porque resulta que antes me confesaba mal. He hecho confesiones sacrílegas...

Eudosio sonrió a esta deliciosa inocencia.

—Aunque tengo la excusa de que yo, primero, no sabía leer; y después, nadie me enseñó a prepararme del modo que aconseja el librito.

Antes de explicarle su error y liberar a aquella almita de su aflicción—porque estaba realmente afligida—Eudosio quiso conocer los pecados que se olvidaron.

—¡Ay, Padre! Imagínese... que una vez he bebido con exceso...

—¿Cómo dices?

—Que he bebido con exceso. Es uno de los pecados que están en el librito. Pero yo no sabía que eso fuese tan grave...

—¿Y qué has bebido, mi hijita? ¿Agua?

—Agua, Padre.

Solanas sonreía cuando un gran ruido le retuvo. ¿Por qué ahora, cuando empezaba a sentirse tranquilo y contento al contacto de aquella alma encantadora, retornaba el asalto demoníaco? La pequeña penitente seguía hablando, con su vocecita angélica. Eudosio se esforzó por oírla, por olvidarse de sus reaparecidas preocupaciones. Otro ruido empezó a llenar el confesonario. Era largo, pesado, monótono. Eudosio se paralizó, primero; se contrajo, después; y al fin se abandonó en un torpor sin esperanza.

—¿Qué tiene, Padre?

Eudosio se había olvidado de su pequeña penitente. Por decir algo le preguntó si no oía el ruido, que aun duraba.

—Sí, Padre. Lo oigo.

Solanas recibió un sacudimiento.

—¿Lo oyes? Entonces...

—Lo oigo, pero no tengo miedo.

Y agregó, con un acento de una maravillosa armonía, que anuló el otro ruido:

—Y usted tampoco debe tener miedo, Padre Eudosio. Usted menos que nadie. El Señor está con usted y Él lo defenderá.

Solanas volvió sus ojos hacia la rejilla, para ver el rostro del ser que le hablaba. No distinguía sino sombras, líneas apenas definidas.

—¿Quién eres? Me haces un bien inmenso, hija mía. Tu voz me penetra de esperanza y de paz.

—Absuélvame, Padre.

El sacerdote intentó retenerla. Pero en este momento le ocurrió una cosa incomprensible. Quiso decir algo para hacer quedar un instante más a su penitente, y de sus labios salieron las palabras de la absolución. Asombrado, creyendo que se enloquecía, fué a tocarse la frente, e hizo el gesto de la bendición.

Entonces empujó la portezuela y miró. En lugar de la niña, vió una mujer de negro. De la niña, ni rastros. La buscó con los ojos por toda la iglesia, inútilmente. Pero había una

cosa anormal: un perfume exquisito y noble, con algo de incienso, de sándalo y de rosas.

Tuvo la certeza de que Dios habíale enviado un Angel. Pues si no, ¿cómo aquella criatura de diez años podía darle su admirable consejo de esperanza? ¿Cómo podía adivinar el deplorable estado de su espíritu?

Se dirigió al banco próximo y dió las gracias al Señor por aquel aviso. Ahora sentíase confortado y ayudado. Podía asaltarle y tentarle Satanás. Sus temores habían desaparecido, aunque imaginó que la anunciación angélica era prólogo de próximos ataques del Maligno. Y ya ágil y sereno, se metió en el confesonario. La mujer de negro le había esperado, inmóvil. Era la única persona que quedaba en el templo.

XXV

La mujer de negro se compuso el pecho y dijo, con una voz de extrema delgadez:

—No sé cómo empezar... Me confesé una vez, cuando era muy chica, y no he vuelto a hacerlo.

—¿Qué le ha decidido?

—Es un deseo que se ha ido formando poco a poco. He sido muy pecadora. He tenido amantes...

—¿Casada?

—Soltera. Empleada de tienda.

—¿Y por qué no se confesaba?

El Padre Solanas supuso que el obstáculo sería el apego a los amoríos.

—Era protestante. Caí en manos del Ejército de Salvación. Además, odiaba a los curas.

—¿Pero usted creyó en las ideas de los herejes?

—Del todo, no señor.

Eudosio venía observando cómo la voz de la mujer se tornaba afilada y antipática. Recordó haber oído ese día una voz semejante. Aquel tratamiento de "señor" le sacó de dudas.

—¿Y por qué cayó en manos de esas gentes? ¿La pobreza, acaso...?

—En parte, fué la pobreza. Mis padres murieron atropellados por el tren y me quedé sola y sin recursos. Pero hubo también aquel odio a los curas...

—A los sacerdotes, debe decir.

—Bueno, a los sacerdotes. Ahora comprendo que no tenía motivo para odiarlos. El curita que yo conocía no me hizo nada malo. Pero yo estaba enamorada de él, y como él huyó de mí... pues por eso le tomé odio. A él y a todos sus iguales.

Eudosio creyó advertir en esta voz un acento lejano y conocido. Los años habían marchi-

tado su frescura, pero era el mismo. Y luego, las palabras, los recuerdos... Quería saber y no se animaba a preguntar. Consternado, sentía maniatados su cuerpo y su lengua. Ninguna duda de que era ella. ¿Qué acumulación de fatalidades la llevaba, precisamente en ese día, a confesarse con él?

—Lo amaba con toda mi alma. Yo le llamaba curita y padrecito... Él no era sacerdote y pudo haberse casado conmigo. ¡Hubiéramos sido tan felices! Ha sido el único amor de mi vida... Por eso lo odié tanto. El mal que me hizo fué enorme...

Eudosio sintió que un ruido persistente le trepanaba el cráneo. Apenas podía concentrarse. Quería abrir la portezuela, levantarse, salir huyendo... Y no podía moverse. Además, su deber le retenía en el confesonario. Era grave pecado abandonar a un penitente. La mujer ignoraba, con seguridad, que el sacerdote con quien se confesaba era el seminarista de aquel tiempo lejano. Debía quedarse, debía oírlo todo, beber aquel nuevo cáliz de amargura, aun a riesgo de ser tentado

por la carne. En las luchas contra el mal, el sacerdote era un soldado de las primeras líneas. Ocurriese lo que ocurriese, no podía apartarse de su puesto de peligro. No existe profesión más peligrosa. Otros hombres exponen su vida; el sacerdote expone lo más importante, lo único importante: la salvación de su alma.

—Una vez, el padrecito me besó y me abrazó con todas sus fuerzas. ¡Ah, nunca me han dado un beso igual! Todavía lo siento en mi cara, en mi boca...

Eudosio no podía hablar. Su alma estaba de rodillas y rezaba. Intentaba rezar: las oraciones eran acuchilladas por pensamientos diferentes. Unos le señalaban el Demonio en aquella mujer. Otros le tentaban, recordándole las primeras caricias renunciadas. Otros le llamaban enfermo y visionario. Sus oraciones debían luchar contra el asalto de aquellos pensamientos. Los empujaba hacia afuera, pues querían entrar en su inteligencia. Unos venían desde lo exterior. Otros subían desde el pozo oscuro de su ser. A manotones los echaba, los volteaba, los zamarreaba. Pero ellos eran una turba

inacabable. Desaparecía uno y detrás surgían diez.

—Yo pretendí gritar, pero todo mi ser deseaba que él me hiciese suya...

El asalto de los pensamientos se enardeció terriblemente. La voluntad se agotaba en la lucha innumerable. Ahora, los que incitaban a preguntar parecían ir venciendo. Eudosio se sintió apretado por una enorme tentación de curiosidad. La oración se diluyó durante un momento, mientras de sus labios temblantes salían, cortadas, apenas comprensibles, estas palabras:

—¿Y... ahora...?

—Ahora... lo odio. Pero si lo encontrara... creo que lo perseguiría para que me amase.

Eudosio se creyó vencido por Satán. Un tumulto subía desde el fondo de su ser exigiéndole que se revelase ante la mujer. Pero en este instante recordó al Ángel. Hizo un esfuerzo enorme para levantarse. Ofreció a Dios toda su vida. Puso sus ojos en la Vírgen. Recordó las palabras que dijera sobre ella. Y una oración fué rezada por todo su ser.

Se sintió salvado. La mujer callaba. El mundo entero callaba, en un silencio espantoso. El Padre Solanas tuvo el presentimiento de su muerte. Abrió la portezuela y salió. Apoyado en el confesonario miró hacia todas partes. Soledad absoluta. Resolvió encaminarse hacia el altar próximo, que era el de Santa Teresita y estaba en dirección a la calle. Dió tres pasos, vacilantes y breves, y se detuvo. Un hombre estaba frente a él y le ponía la mano en el pecho. Era el mismo de aquella mañana. Eudosio lo miró con decisión. Iba a decirle que no lo temía. Pero de pronto, el hombre comenzó a agrandarse. Un violento escalofrío estremeció el cuerpo del sacerdote. Sintió que empezaba a marearse. Y la negra figura del hombre crecía fabulosamente. Ahora su traje se había convertido en las alas de un murciélago gigantesco. Eudosio, aterrorizado, continuaba temblando, poseído de un frío de muerte. El monstruo con figura humana y alas de murciélago ya alcanzaba al techo. Su rostro no se veía desde abajo, pero oíase su risa helada y cruel. Sentíase el agitarse de las alas enormes.

El sacerdote intentó retroceder. Y no pudo dar un paso. Y el murciélago avanzaba hacia él, lo tocaba, iba a apoderarse de él...

De la garganta del Padre Solanas salió un grito hecho pedazos y su cuerpo se derrumbó.

. Enero 1º-Agosto 30 de 1930.

FIN

Date Due

Feb.7

JUL 30

MAY 8 - 1940

863.61 G18K

a39001 0081800626

82632